

4/0468 - Contemporánea (R. Otero) - 30 cop.

PRIMERA PARTE

1864-1918

CAPÍTULO PRIMERO

LA PRIMERA INTERNACIONAL

1. LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL
2. LAS LUCHAS Y EL DECLIVE DE LA A.I.T.

La importancia de la Primera Internacional en la historia del socialismo reside en el hecho de que por primera vez se afirma de una manera precisa la reivindicación por el proletariado de la conquista del poder político. Lo que Marx intentó hacer comprender a las masas obreras a través de la Internacional, es que a la acción aislada, dispersa, esporádica y explosiva debía suceder una acción consciente y masiva; acción que la clase obrera sólo podía librar en el marco de partidos socialistas organizados. Por esta definición del «medio político», tal como fue expuesto en la Carta de 1864 y reconocido por los diferentes congresos, la significación histórica de la Primera Internacional rebasa incontestablemente las dimensiones temporales y espaciales de su existencia real.

1. LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

Antecedentes.

La idea de la solidaridad de las clases trabajadoras se halla expuesta, desde la época de la Revolución francesa, en los escritos de Thomas Paine y en los manifiestos de las *Corresponding Societies* inglesas, así como en los escritos de Gracchus Babeuf y posteriormente en los de su discípulo Buonarrotti. Durante el curso de la primera mitad del siglo XIX, es en los medios de la emigración política donde toma cuer-

po por primera vez la organización internacional de trabajadores. Tres grupos, en quienes se ha pretendido ver a los precursores de la Internacional, reflejan estas preocupaciones:

1. La Liga de los Justos fue constituida en 1826 entre los intelectuales y los obreros que trabajaban en París, en el faubourg Saint-Antoine, algunos de los cuales, tras el fracaso de la insurrección blanquista de «Saisons», en 1839, se refugiaron en Londres y se agruparon bajo la dirección de un tipógrafo, K. Schapper. Divididos primero entre la ideología weitlingista y las sugerencias de Marx, hicieron venir a este último a Londres, y, bajo su influencia, se transformaron en Liga de Comunistas, con una organización centralizada. Después de la revolución de 1848, la Central de la Liga se estableció en Colonia, donde Marx tenía varios partidarios, pero no sobrevivió al proceso que incoaron a sus jefes ante la Corte de esta ciudad.

2. La sociedad Fraternal Democrats fue fundada en Londres en 1845 por cierto número de artistas y demócratas proscritos. Bajo la dirección de Harney y de Bronterre O'Brien creó un notable periódico obrero. Dicha sociedad estaba en relación con la Asociación democrática que creaban en Bruselas radicales belgas, franceses y alemanes, y cuyo primer vicepresidente fue Karl Marx. Pero las Fraternal Democrats sufrieron la represión que siguió al fracaso del último movimiento cartista de 1848 y desaparecieron en 1852.

3. En 1856 se formó en Londres una Asociación Internacional por la unión de un grupo de proscritos franceses que pertenecían a la «Comuna revolucionaria» y antiguos artistas que habían constituido un International Committee, a fin de oponerse a la venida de Napoleón III a Londres con ocasión de la guerra de Crimea. Aunque de escasa audiencia, la Asociación internacional prefigura ya la futura Internacional, y varios de sus dirigentes entrarán más tarde en el Consejo General.

Ninguno de estos grupos tuvo porvenir, porque en su seno se estableció una confusión entre las tendencias sociales de los elementos obreros y la acción esencialmente nacional que perseguían los proscritos políticos. Es esta confusión la que explica, por otra parte, las vacilaciones de Marx a colaborar en la Primera Internacional, cuando la formación de la misma.

La fundación

«La Internacional es una criatura venida al mundo en Francia y amamantada en Londres.» En efecto, nació del acuerdo de las dos clases obreras más evolucionadas de la Europa de entonces, la británica y la francesa.

A la cabeza de la clase obrera británica se hallaban los jefes de las trade-unions, que se federaban de una manera local y a veces nacionalmente en el marco de vastas sociedades «amalgamadas». El espíritu que animaba a estas trade-unions, es más conocido por el nombre de «sindicalismo nuevo modelo». Sólo agrupaba a los obreros cualificados (skilled), y, por tanto, excluía la mano de obra; sólo se preocupaba del ensanchamiento de los derechos políticos y sindicales; se apoyaba en los dos grandes partidos políticos británicos, de mejor grado en el liberal, para obtener las reformas anheladas; practicaban una acción reformista, pero no constituían agrupaciones revolucionarias, ni siquiera socialistas, cuando no eran hostiles a la lucha de clases. No obstante las trade-unions se veían empujadas, desde el punto de vista de su propio interés, a apelar a la solidaridad internacional de los trabajadores. Tal fue, por ejemplo, cuando los industriales británicos llamaban, para romper las huelgas, a los obreros del continente demasiado inclinados a ir a trabajar a Gran Bretaña con salarios más bajos. Por otra parte, las trade-unions venían mostrando desde hacía varios años un vivo interés por los problemas internacionales: de ahí la calurosa recepción a Garibaldi en 1860 y en 1864; el apoyo concedido, en oposición con la actitud oficial del Gobierno, a los nordistas en la guerra de Secesión norteamericana; así como el apoyo otorgado en 1863 a los insurrectos polacos y el llamamiento, en este mismo sentido, a los camaradas franceses.

Contactos similares se iniciaron en 1862 con ocasión del envío de una delegación francesa a la Exposición Universal de Londres, envío que respondía al deseo de Napoleón III de conciliarse, frente a las clases dirigentes que le mostraban una creciente desconfianza, a ciertos elementos de la clase obrera, sin que por ello se suprimiese la legislación vigente que prohibía toda coalición obrera. Los miembros de dicha delegación, presidida por H. Tolain, obrero cincelador, eran adeptos del socialismo proudhoniano de inspiración apolítica: hostiles a la acción directa de los blanquistas y a la oposición republicana de izquierda, pero partidarios de la organización de cooperativas y del crédito mutual,

pensaban que únicamente por medios pacíficos y por formación intelectual el proletariado podría algún día emanciparse. Lo que reclamaban por el momento no era otra cosa que la posibilidad, para los obreros, de organizarse, de dirigir sus propios asuntos. Por eso quedaron maravillados de la eficacia de las trade-unions y, a su regreso, reivindicaron el derecho de asociación y de reunión; dos años después, la ley de 24 de mayo de 1864, les concedió el derecho de huelga.

En julio de 1863, con motivo de la invitación de los obreros británicos, fue constituido un comité en Londres y apareció un llamamiento redactado por G. Odger, secretario del *London Trades Council*, que gozaba de gran prestigio tras haber dirigido con éxito una huelga de la construcción. Dicho llamamiento insistía sobre la necesidad de organizar congresos que agruparan a los obreros de todos los países, con vistas a establecer un medio de presión sobre los gobiernos (era evidente que su autor pensaba en Polonia) y a luchar contra ciertas prácticas empleadas por el mundo capitalista, como por ejemplo contratar a obreros extranjeros a fin de hacer bajar los salarios y romper las huelgas.

Tras un largo intercambio de correspondencia, el 28 de setiembre de 1864 se celebró en Londres el mitin de Saint-Martins Hall. De hecho, las deliberaciones, extremadamente confusas, llevan la marca del carácter heteróclito de la asistencia: trade-unionistas británicos, emigrados políticos (polacos, húngaros amigos de Kossuth, italianos partidarios de Mazzini), miembros de la Asociación de trabajadores alemanes, que acababa de fundarse bajo el impulso de Lassalle, proudhonianos franceses (Toulain, Limousin y Perrachon), algunos emigrados alemanes, como Eccarius y Marx. La más importante intervención en el curso de los debates fue la de Tolain: «¡Trabajadores de todos los países que queréis ser libres, organizad congresos...! Es necesario unirnos para oponer una barrera infranqueable a un sistema funesto que divide a la humanidad en dos clases, una plebe ignorante y famélica y unos mandarines pletóricos y ventrudos. Salvémonos por la solidaridad.» Pero de hecho el mitin se limitó a aprobar la creación de secciones europeas bajo la dirección de un Comité Central radicado en Londres. La palabra «socialismo» no fue pronunciada; ninguna ideología fue definida, ninguna actividad sindical fue prevista.

Fue entonces cuando intervino Karl Marx con su indiscutible personalidad. El suizo J. Guillaume lo describiría

posteriormente «como el cucú, Marx ha venido a poner su huevo en nido ajeno». A decir verdad, había asistido pasivamente a la sesión del 28 de setiembre, y no sin vacilaciones aceptó colaborar en el Comité provisional encargado de elaborar los estatutos de la Internacional, si bien, por falta de salud no pudo participar en las primeras sesiones. No obstante, Marx desempeñó un papel esencial en la elaboración de los estatutos, al descartar dos proyectos: uno debido a un discípulo de Mazzini, el mayor Wolff, que cargaba el acento sobre la idea de emancipación nacional, el otro era de un owenista británico, Weston, de carácter utópico. Marx recibió al mismo tiempo el encargo de redactar el *Llamamiento inaugural de la Internacional*. En estos diversos documentos no buscó Marx en absoluto imponer una doctrina, sino dejar que se desarrollaran libremente las grandes asociaciones proletarias existentes, cualesquiera que fueren los errores de los que pudieran ser víctimas; no busca siquiera el atacar de frente al proudhonismo. La Asociación no es concebida más que como «un punto central de comunicación» entre las diversas sociedades obreras, y la soberanía pertenecerá a un Congreso compuesto por delegados de las distintas ramas de la Asociación, que se reunirá todos los años y elegirá el Consejo General, responsable ante él. Marx ha insistido sin embargo sobre dos ideas, a saber: «que la emancipación de la clase obrera será obra de los propios trabajadores» y que «la clase obrera no puede ser indiferente a la conquista del poder político». La idea esencial que él desarrollará en el curso de estos años de lucha, estriba en que, contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar más que constituyendo un partido político distinto, el cual no debe rehuir ni la acción electoral ni la acción parlamentaria, y que debe apoyar las reivindicaciones legales encaminadas a mejorar en el presente la situación material de los trabajadores. Para hacer triunfar sus ideas, Marx dará pruebas de prudencia; no hay en él la menor traza del sectarismo del que se le acusará más tarde; pero actuando siempre entre bastidores, las impondrá por su actividad maniobrera y su pujanza dialéctica, y no tardará en adquirir en el Consejo General una evidente autoridad, que vendrá acrecentada a partir de 1870 con la presencia de Engels junto a él, a título de secretario correspondiente por Alemania e Italia.

2. LAS LUCHAS Y EL DECLIVE DE LA A.I.T.

Efectivos y medio de acción de la A.I.T.

Acerca de la importancia numérica de la Internacional no tarda en formarse una leyenda, difundida a la vez por sus enemigos y sus partidarios. En el proceso incoado contra la sección francesa de la Internacional en junio de 1870, el procurador general fijó los efectivos de la Internacional en 811.513 miembros, de los cuales unos 443.000 pertenecían a la sección francesa. En su *Libro azul*, el francés O. Testut, que no ocultaba su fobia por la Internacional, habla de cinco millones de afiliados. Se trata de cifras que no responden en absoluto a la verdad. Por lo que sabemos, los medios económicos del Consejo General siempre fueron insignificantes. Por otra parte, conviene distinguir entre los adherentes personales que fueron poco numerosos (2.000 en Francia, aproximadamente; menos de 300 en Inglaterra) y los miembros de las grandes organizaciones sindicales y de los partidos que, en un momento dado, declararon haber dado colectivamente su adhesión al movimiento de la Internacional. Y aun así, éstos jamás fueron tan numerosos como algunos han pretendido. En su apogeo, hubo sin duda 50.000 afiliados en Gran Bretaña, lo que es poco si se tiene en cuenta que las trade-unions contaron en el mismo momento 800.000 miembros; en Francia, algunas decenas de miles a lo sumo, 6.000 como máximo en Suiza. El reclutamiento no provenía de las nuevas industrias nacidas de la revolución industrial, sino de los antiguos oficios, a menudo de las industrias decadentes, y más del textil que de la metalurgia; aparte Bélgica, en donde al parecer la gran industria resultó tan afectada como el artesanado clásico.

Contra lo que se pudiera pensar, la influencia de la Internacional siguió siendo débil en los medios sindicales británicos, a pesar de que contribuyeron a su fundación y de que estaban ampliamente representados en el seno del Consejo General. Sea como sea, manifestaban una creciente reserva hacia ella. El London Trades Council se negó categóricamente a adherirse a la misma (1866). Las Trade-unions, organización típicamente reformista, apenas prestaron atención a la Internacional. Por contra, la A.I.T. tuvo un gran eco entre las organizaciones obreras del continente, debido a que intervino varias veces con éxito en las huelgas y creó una organización internacional de resistencia. La huelga más notable fue la de los obreros broncistas de París en 1867,

los cuales, obligados por sus patronos a abandonar su sociedad de crédito mutual y amenazados por su negativa de lock-out, apelaron a la Internacional y, gracias a su ayuda, pudieron ganar la partida. Cundió el ejemplo: «La huelga es beneficiosa —declara tras la huelga de los obreros de la construcción de Ginebra un delegado de esta ciudad en el Congreso de Bruselas en 1868—. Los burgueses, aunque esto es una república, han sido peores que en otras partes, pero los obreros han resistido. Antes de la huelga no eran más que dos secciones, ahora hay 24 secciones, con cuatro mil miembros.» Todas las huelgas no son victoriosas, es cierto; pero incluso cuando fracasan, como la de los pasamaneros de Basilea en 1869, provocan un movimiento de solidaridad que beneficia a la A.I.T. Se ha afirmado justamente que «si la Internacional no lanzó a los obreros a la huelga, la huelga los lanzó a la Internacional». El Consejo General de Londres declara, tras la huelga del textil del algodón de los obreros ruaneses, en diciembre de 1868: «El fracaso material de esta revuelta económica fue compensado con creces por sus resultados morales, pues encuadró a los obreros del textil del algodón de Normandía en el ejército revolucionario». Como consecuencia de tales acontecimientos, aumenta los efectivos de las secciones, a veces desmesuradamente, para caer seguidamente e incluso desaparecer.

La obligación en que se encuentran las agrupaciones de la A.I.T. de apoyar a los obreros en huelga conduce forzosamente a la organización a endurecer su política, a tomar posición contra los patronos y el Gobierno. Debido a esto, en el seno de la Internacional, los reformistas pierden terreno en provecho de los partidarios de la acción revolucionaria. Esta evolución es particularmente diáfana en el caso de las secciones francesas, cuya red ha tomado, a partir de 1868, una vasta extensión. El primer buró de la sección parisina de la Internacional, establecido en la calle des Gravilliers, que cuenta con 200 miembros en sus comienzos, es de inspiración proudhoniana «estrecha»: Tolain la dirige con un espíritu mutualista, cooperativo, con la preocupación de no comprometer a la A.I.T. en sus asuntos políticos; así, se la ve con desconfianza no sólo por los blanquistas, sino también por los republicanos, que denuncian sus pretendidas connivencias con el Gobierno de Napoleón III, y por sus simpatías por lo que se ha dado en llamar un «socialismo imperialista». El Imperio, en sus comienzos, no fue sistemáticamente hostil a la Internacional; pero no tardó en darse cuenta de que ésta apoyaba los movimientos subversivos, que participaba en ciertas manifestaciones diri-

gidas contra el régimen, como el homenaje tributado al héroe de la revolución veneciana de 1848, Manin. En diciembre de 1867 se incoa un proceso a la Internacional, bajo la inculpación de asociación no autorizada de más de veinte miembros. Como consecuencia del mismo, el segundo buró que se constituye en 1868, dominado por Eugène Varlin, adopta una posición más radical: proudhoniano «ancho», Varlin no puede concebir un movimiento obrero sin perspectivas políticas, se declara partidario de un «colectivismo antiestatal» y adopta respecto a la idea de la huelga una actitud más positiva. En el curso del proceso que se le sigue en mayo de 1868 y que desemboca en una nueva disolución de la sección parisina, declara: «Si ante la ley resultamos acusados y somos juzgados por ustedes, jueces, quedará claro que existen dos partidos: ustedes el partido del orden; nosotros el partido de los reformadores, el partido socialista. Observad la época actual y veréis en ella un odio sordo entre la clase que quiere conservar y la que quiere adquirir.» La ola de huelgas en 1868-1869 facilita el desarrollo del movimiento, que controla la Cámara federal formada por las principales secciones sindicales de la capital y que ha formado una red de federaciones de barrio, agrupadas a su vez en torno a una federación de las secciones parisinas. Un trabajo similar se ha llevado a cabo en las grandes ciudades de provincias, en Ruán por E. Aubry, en Lyon por A. Richard, en Marsella por Bastelica. La Internacional se ha convertido en una potencia susceptible de movilizar masas considerables, como por ejemplo ocurrió el día de los funerales de Victor Noir, y al intervenir en el plebiscito de 1870 para aconsejar la abstención. El 30 de abril de 1870, el gobierno ordena el arresto de los jefes de la Internacional; Varlin se refugia en Bruselas.

Si en Francia —como en Bélgica— son las asociaciones obreras las que constituyen la fuerza principal de la A.I.T., ésta puede, en Alemania, contar con el apoyo de un partido organizado. En este país, es un demócrata, refugiado en Suiza tras la revolución de 1848, J. P. Becker, cuyo órgano es el «Vorbote», quien crea la mayor parte de las secciones de la Internacional. Marx contaba por otra parte con un ferviente discípulo, W. Liebknecht, el cual, tras separarse del movimiento lassalliano (cf. pág. 40) cuyo patriotismo prusiano combatía él, fundó con Bebel la Unión de asociaciones obreras, cuyo congreso de 1868, en Nuremberg, se pronunció en favor de las ideas de la Internacional; y cuando se constituyó en 1869, por la fusión con ciertos grupos lassallianos disidentes, el primer Partido socialdemócrata

en Eisenach, éste aceptó, sin adherirse a la A.I.T. (lo que le estaba prohibido por las leyes alemanas), reconocer la dirección moral del Consejo General de Londres. Y si bien el nuevo partido estaba lejos de responder a los ambiciosos proyectos que Marx había establecido para Alemania, no es menos cierto que de todos los grupos que invocaban a la A.I.T., era el que más se acercaba al pensamiento marxista.

Los conflictos ideológicos

De hecho, Marx no cesó en el curso de la corta vida de la Primera Internacional de topar con una doble oposición, la de los proudhonianos y la de los bakuninistas. En 1871, Marx escribe: «La historia de la Internacional ha sido una continua lucha del Consejo General contra las sectas y las tentativas de los aficionados que trataron siempre de mantenerse contra el movimiento real de la clase obrera en el seno de la Internacional misma. Esta lucha ha sido librada en los congresos, y más aún en las negociaciones privadas del Consejo General con cada sección en particular.»

Reclutados sobre todo en el seno de la delegación francesa, los proudhonianos deseaban una evolución pacífica y progresiva y rechazaban toda especie de consigna de orden revolucionario; así, Fribourg ve en la Internacional «un instrumento para ayudar al proletariado a conquistar pacífica, legal y moralmente el lugar que le pertenece bajo el sol de la civilización». Recelosos respecto a las huelgas, que ellos estiman a veces inevitables, pero siempre indeseables, condenan asimismo toda especie de legislación social, toda intervención del Estado en las relaciones entre el capital y el trabajo. A Marx le inspiran una viva hostilidad; en su correspondencia habla del «sentimentalismo» de la «fraseología huera» de los socialistas franceses, y en su vehemente reprobación se ve apoyado por los trade-unionistas británicos; sin embargo, evita atacarles de frente, y se muestra dispuesto a conceder amplias concesiones. Por otra parte, en los primeros años, los proudhonianos logran imponer su punto de vista. En 1865 cuando se reunió —por ser imposible un congreso— la primera conferencia de los secretarios de secciones, los franceses hicieron fracasar la votación de una resolución en favor de la reconstitución de Polonia, porque se trataba de una cuestión «política» que no tenía lugar en una asamblea obrera, y porque la resolución se inspiraba en el principio de nacionalidad cuya nocividad había demostrado Proudhon. Con ocasión del congreso de Ginebra (1886), Tolain y Fribourg definieron el principio

de la emancipación obrera por la generalización del mutualismo; y se opusieron con éxito a la huelga como método de combate revolucionario; mas no pudieron hacer admitir el principio de que el acceso a la A.I.T. debía ser reservado a los trabajadores manuales. En el congreso de Lausana (1867), la preponderancia francesa sigue siendo neta, pero ya está empañada; el proudhonismo se diluye poco a poco; en particular el belga César de Paepe, otrora anarquista proudhoniano, se pronuncia en favor de la colectivización de las tierras. Y en los dos congresos siguientes, se pone de manifiesto la victoria definitiva del colectivismo sobre el proudhonismo. En Bruselas, en 1868, el Congreso, a propuesta de César de Paepe, se pronuncia por la apropiación colectiva de la tierra, de las minas y de los ferrocarriles; y vota una resolución en favor de la creación de sociedades cooperativas destinadas a explotar las riquezas que pertenecen al Estado. Por último, el congreso de Basilea, cuya importancia estriba en que reviste un carácter plenamente internacional, declara, en 1869, casi por unanimidad, que la sociedad tiene el derecho a suprimir la propiedad individual de la tierra y a hacerla entrar en la comunidad.

Es precisamente en el congreso de Basilea donde Bakunin hace su primera aparición en la escena de la Internacional y logra su primer éxito. Establecido desde 1864 en Italia, trató de utilizar las agrupaciones creadas por Mazzini, de las que por otra parte condena la ideología nacionalista y religiosa, para constituir una especie de Fraternidad internacional de carácter secreto. Para asentar su influencia, intentó entrar en relaciones, aunque sin éxito, con la Liga de la Paz y de la Libertad, organización internacional creada por burgueses republicanos que en 1868 celebró un congreso en Ginebra. Finalmente, funda la Alianza internacional de la democracia socialista, la cual solicita adherirse a la Internacional; el Consejo rehúsa su incorporación en bloque, pero termina por autorizar la adhesión individual de las diversas secciones de la Alianza. De este modo, Bakunin, como representante de la sección de Ginebra, participa en el congreso de Basilea en donde triunfa contra Marx al poner a votación el principio de la supresión completa de la herencia.

La oposición entre Marx y Bakunin no sólo atañe a las cuestiones de doctrina —Bakunin es anarquista y federalista—, sino a los métodos que la clase obrera debe seguir para asegurar la victoria: Bakunin condena la participación en las elecciones y la lucha por las reformas sociales; no cuenta tanto con las élites obreras como con los cam-

pesinos pobres y los intelectuales para realizar la revolución. Y por lo que se refiere a la organización de la A.I.T., Bakunin sigue mostrándose, contra Marx, hostil a toda especie de centralización y en consecuencia combate el dominio del Consejo General sobre las secciones. Si se tiene en cuenta las diferencias fundamentales de temperamento plasmadas en la rusofobia de Marx y la germanofobia de Bakunin, salta a la vista que la oposición entre ellos era insuperable.

De hecho, Bakunin impone también a los movimientos revolucionarios que él organiza una subordinación absoluta del individuo al organismo director. En particular la Fraternidad internacional, tropa de choque en el seno de la Alianza democrática, está sometida a una disciplina rigurosa respecto a ella. En una carta a A. Richard, en 1870, admite que para dirigir una revolución es necesaria una dictadura, una «dictadura sin fajines, sin títulos, sin derecho oficial, y tanto más poderosa por cuanto no tendrá ninguna de las apariencias del poder». En su política obstruccionista en el seno de las secciones no retrocede ante las maniobras de Marx para seguir siendo el dueño de la Internacional. En el fondo es partidario de la teoría blanquista de las «minorías activistas», pero en su polémica con Marx se vio obligado a insistir sobre el peligro que entrañaba todo autoritarismo, sobre el valor de la espontaneidad de las masas y sobre la autonomía de las federaciones.

La influencia de Bakunin no tardó en ejercerse débilmente sobre diferentes secciones de la Internacional en Francia, en donde sólo Richard y Bastelica fueron conquistados, y de una manera más fuerte en los países de economía poco desarrollada y en aquéllos en los que el artesanado sigue siendo el factor esencial de la producción industrial. En Italia, la influencia bakunista se ejerce, a través de la Fraternidad internacional, organización secreta paralela a la Alianza democrática, en cierto número de intelectuales, napolitanos en su mayor parte, que se sienten decepcionados por la forma en que se ha realizado la unidad de su país, así como en un medio económico afectado por la preponderancia del norte; su órgano es la «Egalianza». A. Costa, procedente del garibaldismo se une a Bakunin, así como Caffiero que procede del marxismo. Es también un italiano, G. Fanelli, quien establece las bases de la organización anarquista de Barcelona en el seno de un mundo obrero que se ha visto profundamente decepcionado por la experiencia liberal burguesa durante los años 50, con una población exasperada; en el congreso de Barcelona, en ju-

nio de 1870, se agrupan las 150 sociedades de la federación española, cuyo órgano es «Solidaridad», en Madrid, y «Federación» en Barcelona, para difundir sus ideas. El envío por Marx de su yerno C. Lafargue y la creación del periódico «La Emancipación» resulta inoperante. En la Suiza francesa, y en particular en la región fabril relojera, la influencia de Bakunin encuentra eco en hombres como el tipógrafo J. Guillaume y el relojero Schwitzguébel, que insistieron, contra el doctor Coullery, editor de la «Voix de l'Avenir», sobre el carácter apolítico de la Internacional y fundaron una federación disidente de inspiración anarquista, con ocasión del Congreso de la Chaux-de-Fonds (abril de 1870), que el año siguiente adoptó el nombre de Federación Jurasiana. Lo que esencialmente estaba en juego entre socialistas y anarquistas suizos era el periódico ginebrino «L'Egalité», que seguía estando en manos de los partidarios de Marx. Con ocasión de la querrela suiza, Marx denuncia las intrigas de los bakuninistas en una «nota confidencial» enviada a todas las secciones.

La dura prueba de la guerra de 1870 y de la Comuna

No son las duras pruebas de la guerra y de la Comuna las que, contrariamente a lo que pudiera creerse, van a determinar la desaparición de la A.I.T. Ésta las atravesó sin perder lo esencial de su cohesión y de su influencia.

La guerra franco-prusiana provocó entre los socialistas alemanes reacciones diferentes. Bajo el influjo de Marx y Engels que, como lo atestigua su correspondencia, tenían tendencia a ver en la victoria de los ejércitos alemanes la de su propia ideología sobre el proudhonismo —«los franceses necesitan que se les atice una buena paliza», escribe Engels el 20 de junio de 1870—, el comité de Brunswick, que dirige el partido socialdemócrata, estima que Alemania libra una guerra defensiva; contrariamente, Bebel y Liebknecht, desde 1867 diputados en el Reichstag, el 19 de julio de 1870 se abstienen de votar los créditos militares. No obstante, la rápida derrota de los ejércitos franceses y la proclamación de la República en París aglutinan contra su Gobierno a los internacionalistas alemanes: el 5 de setiembre, el comité de Brunswick, a propuesta del Consejo General, reconoce la República francesa y se pronuncia contra toda tentativa de anexión de la Alsacia y de la Lorena. El «Volkstaat», órgano socialdemócrata, escribe: «Hasta el 4 de setiembre la guerra era para Alemania una guerra de defensa. Pero esta guerra ha terminado. Si continuara sería

de conquista; una guerra de la monarquía contra la república, de la reacción contra la revolución; una guerra en la que la democracia alemana debe combatir al lado de la República francesa.»

Bebel y Liebknecht, el 4 de setiembre, votan contra los créditos necesarios para la continuación de la guerra lo que provocó su arresto; en 1872 se les incoa un proceso espectacular por traición.

Las secciones francesas de la Internacional, debilitadas por las persecuciones sistemáticas de que fueron objeto al final del Imperio, no desempeñaron un papel preponderante ni en los acontecimientos que siguieron a la proclamación de la República (la tentativa de Bakunin para adueñarse de Lyon el 28 de setiembre fue vana) ni durante el sitio de París ni en la insurrección del 18 de marzo, que fue obra de la Guardia Nacional. En el seno del consejo de la Comuna los «internacionales», una treintena, pero bastante divididos entre ellos, sólo ocupan cargos secundarios, de carácter económico o administrativo; continúan siendo harto moderados en sus reivindicaciones sociales, por oposición a la mayoría «jacobina», y constituyen una fuerza moderadora. Por lo que se refiere al Consejo General de la A.I.T., no alentó en absoluto la revuelta del 18 de marzo. Sin embargo, siguió con interés y simpatía los acontecimientos de la Comuna, tratando de informar a las diversas secciones sobre «la verdadera significación de esta grandiosa manifestación parisiense», sobre cuya salida Marx, que envió a París a uno de sus amigos, Serrailleur, y aconsejó por medio de cartas a los *communards*, no se hacía ilusión alguna. Esta revolución, Marx la transfigurará por la interpretación que dio de ella en nombre del Consejo General al redactar su estudio *La guerra civil en Francia*, en el que presentará a la Comuna como la vanguardia de una nueva sociedad; la felicita por haber «destruido el estado opresor, amputando los órganos represivos del antiguo poder gubernamental», rompiendo el aparato del Estado burgués, suprimiendo la policía, la burocracia, los ejércitos permanentes, debilitando el poder de los sacerdotes mediante la separación de la Iglesia y del Estado, atacando eficazmente la centralización por medio de la libre federación de las comunas de Francia, emprendiendo la reforma del trabajo mediante la organización de cooperativas de producción. En opinión de Marx, la Comuna aportó el tipo de organización política transitoria que correspondía a la dictadura del proletariado, y en la que el Estado se transformaba de opresor en emancipador.

portantes consecuencias. Bajo el golpe de la represión desaparece la sección francesa, y J. Favre, en junio de 1871, envía una circular a las potencias solicitando que, conjuntamente, tomen medidas contra la Internacional; Bismarck propone una conferencia internacional que la resistencia del Gobierno británico hace fracasar; la represión se abate sobre las secciones alemanas y austro-húngaras. En Gran Bretaña, los trade-unionistas Odger y Lucraft rehúsan firmar la declaración en favor de la Comuna y abandonan el Consejo General. No obstante la Comuna no paralizó en absoluto la actividad de la A.I.T. Dada la esperanza y el entusiasmo que suscitó, en 1871 se constata un nuevo y no menos poderoso esfuerzo de organización en Italia, España, Dinamarca, Holanda y, sobre todo, en Bélgica, que dispone a la sazón de periódicos importantes, como «La Internacional» de Bruselas, en el que E. Steens desarrolla una campaña de información sobre los acontecimientos de París.

Engels habla de «éxitos colosales» en dichos países. Por último fue la Comuna la que propició la formación en las regiones checas de Bohemia de las primeras agrupaciones internacionalistas.

El fin de la Internacional

No fueron, pues, los acontecimientos de 1870-71 los que provocaron la disolución de la A.I.T., sino las divisiones internas que hasta 1870 no representaron más que un papel secundario, pero que situadas de nuevo en su contexto nacional, vuelven a ser el factor esencial de descomposición. De hecho, no se trata tanto de un conflicto entre marxismo y anarquismo como de una protesta general, pero particularmente viva, en el seno de los jóvenes movimientos en los países mediterráneos contra la pretendida «dictadura» del Consejo General, por tanto, de una actitud «antiautoritaria» vinculada con la nacionalización, ya creciente, de los movimientos obreros. Si, con ocasión de la Conferencia de Londres (setiembre de 1871), Marx, que cuenta aún con el pleno apoyo del Consejo General, logra imponer sus puntos de vista, así como hacer votar una resolución sobre la acción política de la clase obrera, y obtiene la condena de la federación jurasiana bakuninista, la oposición no tardará en tomar cuerpo, primero en el congreso de la sección del Jura, en Sonvillier, que rehúsa, bajo el influjo de J. Guillaume, suscribe las decisiones de Londres, y después, en el congreso de Rimini, en donde se consumó la disolución de la federación de las secciones italianas y que decidió rom-

per con el Consejo General, mientras Marx y Engels denunciaban en las *Pretendidas escisiones de la Internacional* el propósito de Bakunin encaminado a adueñarse de la A.I.T. El conflicto encuentra su epílogo, en el Congreso de La Haya (setiembre de 1872), en cuyo curso Marx, que sigue contando, gracias al apoyo del Consejo General, con una fuerte mayoría, hizo excluir a Bakunin y a J. Guillaume, y al mismo tiempo se decidió trasladar el Consejo General de Londres a Nueva York, lo que de hecho constituyó para la Primera Internacional el golpe de gracia. ¿Pensó Marx que la Internacional podría recobrar una nueva juventud en los Estados Unidos, tal como se desprende de sus cartas a su amigo Sorge, miembro del Consejo General neoyorquino? De lo que no hay duda es que tenía el convencimiento de que la A.I.T. estaba demasiado dividida en Europa para poder continuar eficazmente su obra: la mayor parte de las naciones de los Estados meridionales han abrazado el bakuninismo; los proscritos franceses de Londres son blanquistas; los británicos son trade-unionistas; el único elemento con el que Marx puede contar, aparte de algunos emigrados residentes en Londres, es la socialdemocracia alemana, pero ésta se halla demasiado implicada en sus dificultades nacionales para poder aportarle una ayuda eficaz: hay, pues, que renunciar a la misma. Marx no quiere que la A.I.T. caiga en manos de sus adversarios; pero aún desea mucho más introducir en ella nuevas formas de lucha, más apropiadas a las circunstancias, y que van a generalizarse en el curso de los años siguientes.

La A.I.T. fue extinguiéndose poco a poco: el congreso de Filadelfia de julio de 1876 significó la disolución del Consejo General. Las secciones antiautoritarias, cuyo pensamiento se expresa desde 1872 en el «Boletín de la Federación Jurasiana», celebraron en Saint-Imier, bajo la presidencia de Bakunin y de A. Costa, un congreso en el curso del cual rechazaron las decisiones de La Haya para presentarse en adelante como la verdadera Internacional; fortalecidas por el apoyo general, excepto los grupos alemanes, en 1873, celebraron un nuevo congreso en Ginebra, que reorganizó la Internacional sobre la base de la autonomía de las secciones y adoptó la huelga general como medio de emancipación revolucionaria del proletariado. De hecho, la desunión no tardó en manifestarse, pues eran muchos los que estaban cansados de la dictadura de Bakunin, el cual abandonó el movimiento en 1874, mientras los anarquistas italianos se comprometían, ese mismo año y el siguiente, en insurrecciones sin consecuencias. La Internacional antiauto-

ritaria celebró su último congreso en Verviers, en 1877, y las secciones jurasianas en la Chaux-de-Fonds, en 1880. Una tentativa para reorganizar la Internacional, iniciada en Ginebra en 1877, y en la que participaron hombres como Liebknecht, César de Paepe y el anarquista Kropotkin, resultó fallida.

Es cierto que la Primera Internacional jamás caló las masas, en particular en las afectadas por la gran industria moderna; su organización fue siempre deficiente, los militantes carecían de experiencia, las cotizaciones eran escasas y los afiliados a menudo infieles. Por otra parte, es incierto que los miembros de la Internacional fueran siempre capaces de comprender el mensaje de solidaridad internacional que se les dirigía; muchos cayeron en el chovinismo, como tantos obreros franceses después de la guerra de 1870. ¿Cuál fue, pues, la importancia de la Internacional? La de haber difundido, a través del Consejo General y de los emigrados políticos, cierto número de principios comunes, así como haber establecido cierta unidad en las conciencias, sin la cual el desarrollo del socialismo después de 1880 hubiese sido inconcebible. La Internacional no fue un «mito», como a menudo se ha escrito, sino un movimiento real que cristalizó las profundas aspiraciones de la clase obrera y desempeñó el papel de agente catalizador en la formación de la conciencia de clase del proletariado. Lo esencial en la Primera Internacional no es, pues, tanto sus realizaciones como sus anticipaciones, no tanto la vida efímera de las secciones como los impulsos que les dictaron desde arriba: «una alma grande en un cuerpo pequeño».

DOCUMENTOS

I. PREÁMBULO Y ESTATUTOS DE LA INTERNACIONAL

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de ellos mismos, que sus esfuerzos por conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes.

Que el sometimiento del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre: política, moral, material.

Que, por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que debe ser subordinado todo movimiento político.

Que todos los esfuerzos realizados hasta aquí han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diversas profesiones en cada país, y de una unión fraternal entre los trabajadores de diversas regiones.

Que la emancipación de los trabajadores no es un problema simplemente local o nacional, sino que, por el contrario, interesa a todas las naciones civilizadas, ya que su solución está necesariamente subordinada a su concurso teórico y práctico.

Que el movimiento que se lleva a cabo entre los obreros de los países más industriados de Europa, al procurar el nacimiento de nuevas esperanzas, advierte solemnemente de no recaer en los viejos errores, y aconseja combinar todos esos esfuerzos aun aislados.

Por estas razones:

Los que abajo firman, miembros del Consejo elegido por la asamblea celebrada el 28 de setiembre de 1864 en Saint-Martin's Hall en Londres, han tomado las medidas necesarias para fundar la Asociación Internacional de Trabajadores...

Y en este espíritu han redactado el reglamento provisional de la Asociación Internacional.

ESTATUTOS

Artículo Primero. Se establece una asociación para procurar un punto central de comunicación y de cooperación entre los obreros de diferentes países que aspiran al mismo objetivo, a saber: el concurso mutuo, el progreso y la total liberación de la clase obrera.

Art. II. El nombre de esta asociación será: *Asociación Internacional de Trabajadores*.

Art. III. En 1865 tendrá lugar, en Bélgica, la reunión de un congreso general. Este congreso deberá dar a conocer a Europa las comunes aspiraciones de los obreros; concluir el reglamento definitivo de la Asociación Internacional; examinar los mejores medios para asegurar el éxito de su trabajo y elegir el Consejo General de la Asociación. El congreso se reunirá una vez al año.

Art. IV. El Consejo General radicará en Londres y constará de obreros que representen a las diferentes naciones que formen parte de la Asociación Internacional. Incorporará en su seno, según las necesidades de la Asociación, a los miembros del buró, tales como pre-

sidente, secretario general, tesorero y secretarios particulares para los diferentes países.

Art. V. En cada congreso anual, el Consejo General dará un informe público sobre los trabajos del año. En caso de urgencia, podrá convocar el congreso antes del término fijado.

Art. VI. El Consejo General establecerá relaciones con las diferentes asociaciones de obreros, de tal forma que los obreros de cada país estén constantemente al corriente de los movimientos de su clase en los otros países; que, simultáneamente, se haga una encuesta sobre el estado social con el mismo espíritu; que las cuestiones propuestas por una sociedad, cuya discusión tenga un interés general, sean examinadas por todos y que cuando una idea práctica o una dificultad internacional reclame la acción de la Asociación, ésta pueda actuar de una manera uniforme. Cuando esto le parezca imposible, el Consejo General tomará la iniciativa de someter proposiciones a las sociedades locales o nacionales.

Art. VII. ...Los miembros de la Asociación internacional deberán esforzarse, en cada país, por reunir en una asociación nacional a las diversas sociedades de obreros existentes, así como por crear un órgano especial... Salvo obstáculos legales, ninguna sociedad local queda dispensada de corresponder directamente con el Consejo General radicado en Londres.

Art. VIII. Hasta la primera reunión del congreso obrero, el Consejo elegido en setiembre actuará como Consejo General provisional. Tratará de poner en comunicación a las sociedades obreras de todos los países. Agrupará a los miembros del Reino Unido; tomará las medidas provisionales para la convocatoria de un congreso general; discutirá con las sociedades locales o nacionales sobre las cuestiones que deberán ser planteadas ante el congreso.

Art. IX. Cada miembro de la Asociación Internacional, al cambiar de país, recibirá el apoyo fraternal de los miembros de la Asociación.

Art. X. Aunque unidas por un lazo fraternal de solidaridad y de cooperación, las sociedades obreras no por ello dejarán de seguir existiendo sobre las bases que les son particulares.

Según la *Primera Internacional. Selección de documentos publicados bajo la dirección*

de J. Freymond, tomo I, Ginebra, Droz, 1962
págs. 10-12. }

2. RESOLUCIONES DE LA CONFERENCIA DE LONDRES DE 1871

K. Marx recuerda a los miembros de la Internacional que es necesario que el proletariado se constituya en partidos políticos:

Considerando además:

Que contra el poder colectivo de las clases poseedoras el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por la clase poseedora.

Que esta constitución del proletariado en partido es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objetivo supremo: la abolición de las clases.

Que la coalición de las fuerzas obreras ya lograda por las luchas económicas debe servir también de palanca en las manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores.

La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional: que en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política van indisolublemente unidos.

Según la *Primera Internacional...*, tomo II, página 236.

3. EL PUNTO DE VISTA BAKUNINISTA

I. El I congreso «romand» de Chaux-de-Fonds celebrado en abril de 1870, tomó la siguiente resolución:

Considerando que la emancipación definitiva del trabajo no puede tener lugar más que por la transformación de la sociedad política, fundada en el privilegio y la autoridad, en sociedad económica, fundada en la igualdad y la libertad.

Que todo Gobierno o Estado político no es otra cosa que la organización de la explotación burguesa, explotación cuya fórmula recibe el nombre de derecho jurídico.

Que toda participación obrera en la política burguesa gubernamental no puede tener otros resultados que la consolidación de las cosas existentes, y, por tanto,

paralizaría la acción revolucionaria socialista del proletariado.

X El Congreso «romand» recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores que renuncien a toda acción encaminada a operar la transformación social por medio de reformas políticas nacionales, y lleve toda su actividad sobre la cuestión federativa de los cuerpos de oficios, único medio de asegurar el éxito de la revolución social. Esta federación es la auténtica representación del trabajo y debe permanecer absolutamente fuera de los Gobiernos políticos.

Según J. Freymond, *Estudios y Documentos sobre la Primera Internacional en Suiza*, Ginebra, Droz, 1964; págs. 225-226.

II. En una carta a un amigo suyo, *Rubicone Nabruzzi*, del 23 de julio de 1872, Bakunin expresa su opinión sobre Marx:

Marx es un comunista autoritario y centralista. Quiere lo que nosotros queremos: el triunfo de la igualdad económica y social, pero en el Estado y por la fuerza del Estado; por la dictadura de un Gobierno provisional, poderoso y, por decirlo así, despótico, esto es, por la negación de la libertad. Su ideal económico es el Estado convertido en el único propietario de la tierra y de todos los capitales, cultivando la primera por medio de asociaciones agrícolas, bien retribuidas y dirigidas por sus ingenieros civiles, y comanditando los segundos mediante asociaciones industriales y comerciales.

Nosotros queremos ese mismo triunfo de la igualdad económica y social por la abolición del Estado y de todo cuanto se llame derecho jurídico que, según nosotros, es la negación permanente del derecho humano. Queremos la reconstitución de la sociedad y la constitución de la unidad humana, no de arriba abajo por la vía de cualquier autoridad, sino de abajo arriba, por la libre federación de las asociaciones obreras de toda clase emancipadas del yugo del Estado.

...Hay otra diferencia, esta vez muy personal, entre él y nosotros. Enemigos de todo absolutismo, tanto doctrinario como práctico, nosotros nos inclinamos con respeto no ante las teorías que no podemos aceptar como verdaderas, sino ante el derecho de cada cual a

seguir y propagar las suyas... No es éste el talante de Marx. Es tan absoluto en las teorías, cuando puede, como en la práctica. A su inteligencia verdaderamente eminente, una dos detestables defectos: es vanidoso y celoso. Le repella Proudhon, tan sólo porque este gran nombre y su reputación tan legítima le hacían sombra. Marx ha escrito contra él las más nefandas cosas. Es personal hasta la demencia. Dice «mis ideas», no queriendo comprender que las ideas no pertenecen a nadie, y que si uno busca bien encontrará que precisamente las mejores, las más grandes ideas han sido siempre el producto del trabajo instintivo de todo el mundo; lo que pertenece al individuo no es más que la expresión, la forma...

Marx es judío alemán, como muchos otros jefes y subjefes del mismo partido en Alemania. Desde este punto de vista, por otra parte, los mazzinianos comienzan a asemejarse a los marxistas. Se diría que todos los autoritarios se parecen.

Según M. Molnar, *El declive de la Primera Internacional. La Conferencia de Londres en 1871*, Ginebra, Droz, 1963; págs. 161-162.

4. CONDENA POR MARX DE LA ALIANZA DEMOCRÁTICA EN 1873

Después del congreso de La Haya, K. Marx publica, bajo el título La alianza de la democracia socialista y la A.I.T. (Londres, julio de 1873), un ataque contra los anarquistas. He aquí la conclusión:

Si bien dejando plena libertad a los movimientos y aspiraciones de la clase obrera en los diferentes países, la Internacional logró no obstante reunir un solo haz y hacer sentir, por primera vez, a las clases dirigentes y a sus gobiernos la pujanza cosmopolita del proletariado. Las clases dirigentes y los gobiernos han reconocido este hecho al concentrar sus ataques sobre el órgano ejecutivo de nuestra Asociación, el Consejo General. Estos ataques han venido acentuándose cada vez más después de la caída de la Comuna. ¡Y éste es el momento escogido por los aliancistas para declarar su guerra abierta al Consejo General! Según ellos, su influencia, arma poderosa entre las manos de la Internacional, sólo era un arma dirigida contra ella. Era el precio de una lucha, no contra los enemigos del proletariado, sino contra la propia Internacional. Según sus

decires, las tendencias dominadoras del Consejo General ganaron la partida sobre la autonomía de las secciones y las federaciones nacionales. Ya sólo restaba decapitar a la Internacional para salvar la autonomía.

En efecto, los hombres de la Alianza sabían que, si no aprovechaban este momento decisivo, se malograba la dirección secreta del movimiento proletario soñado por los cien hermanos internacionales de Bakunin. Sus invectivas encontraron un eco aprobador en la prensa policíaca de todos los países. Sus altisonantes frases de autonomía y de libre federación, en una palabra, sus gritos de guerra contra el Consejo General, no eran, pues, más que una maniobra para enmascarar el verdadero objetivo: desorganizar la Internacional y para ello someterla incluso al gobierno secreto jerárquico de la Alianza.

Autonomía de las secciones, libre federación de los grupos autónomos, antiautoritarismo, anarquía. ¡He ahí unas frases que sientan bien a una sociedad de «desclasados», «sin derrotero, sin salida», conspirando en el seno de la Internacional para uncirla a una dictadura oculta y para imponerle el programa de M. Bakunin!

Despojado de sus oropeles melodramáticos, este programa se reduce a esto:

I. Todas las bajezas en que se mueve fatalmente la vida de los desclasados procedentes de las capas superiores son proclamadas como virtudes ultrarrevolucionarias.

II. Se establece como principio la necesidad de atraerse a una pequeña minoría bien escogida de obreros a los que se halaga separándoles de las masas por la iniciación misteriosa, haciéndoles participar en el juego de intrigas y de imposturas del gobierno secreto, y predicándoles que dar rienda suelta a sus «malas pasiones», es conmocionar de arriba abajo la vieja sociedad.

III. Los principales medios de propaganda consisten en atraer la juventud por ficciones —engaños sobre la amplitud y la pujanza de la sociedad secreta, profecías sobre la inminencia de la revolución preparada por ella, etcétera—, y en comprometer bis a bis con los gobiernos a los hombres más avanzados de las clases acomodadas, para explotarles pecuniariamente.

IV. La lucha económica y política de los obreros por su emancipación se sustituye por las acciones pan-

destructivas de la carne de presidio, última encarnación de la revolución. En una palabra, hay que lanzar al golfo... y poner así gratuitamente a disposición de los reaccionarios una banda bien disciplinada de agentes provocadores.

No se sabría decir si lo que prevalece en las elucubraciones teóricas y en los propósitos prácticos de la Alianza, es lo grotesco o lo infame. De todos modos ha logrado provocar en el seno de la Internacional una lucha sorda que, durante dos años, ha entorpecido la acción de nuestra Asociación desembocando en la secesión de una parte de las secciones y las federaciones. Las resoluciones tomadas por el congreso de La Haya contra la Alianza respondían, pues, a un deber estricto; no podía dejarse caer la Internacional, esta gran creación del proletariado, en las trampas tendidas por el desecho de las clases explotadoras. Por lo que se refiere a cuantos quieren despojar al Consejo General de las atribuciones sin las cuales la Internacional sólo sería una masa confusa, diseminada, y, por decirlo con el lenguaje de la Alianza, «amorfa», nosotros no sabríamos ver en ellos más que traidores y embaucadores.

Según *La Primera Internacional*, tomo II, páginas 455-456.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

No existe aún una historia completa de la A.I.T. El punto de vista antiautoritario figura en:

J. GUILLAUME, *L'Internationale. Documents et souvenirs 1864-1878*, 4 vol. París, 1905-1910.

Los principales documentos han sido publicados en: *La Première Internationale*, colección publicada bajo la dirección de J. FREYMOND, 2 vol. Ginebra, Droz, 1962.

Cf. también:

Répertoire international des sources pour l'étude des mouvements sociaux aux XIX^e et XX^e siècles. La Première Internationale, 3 vol., París, Colin, 1958-1963.

Los trabajos del coloquio de París sobre la historia de la Primera Internacional han sido resumidos por:

J. ROUGERIE, «Sur l'Histoire de la Première Internationale» (*Le Mouvement social*, Éditions ouvrières, abril-junio de 1965).

Entre los estudios de detalle, puede consultarse:

13

L. VALIANI, *Storia del movimento socialista. I L'epoca della Prima Internazionale*, Florencia, 1951.

A. LEHNING, *Michel Bakounine et l'Italie 1781-1872*, 3 vol., Amsterdam, 1961-1965.

R.P. MORGAN, *The German Social Democrats and the First International, 1864-1872*, Cambridge, 1965.

J. DUCLOS, *La Première Internationale*, París, Éditions sociales, 1964.

J. BRUHAT, *La Première Internationale et les syndicats*, París, s.f.

J. FREYMOND, *Études et documents sur la Première Internationale en Suisse*, Ginebra, Droz, 1964.

M. MOLNAR, *Le Déclin de la Première Internationale. La Conférence de Londres*, Ginebra, Droz, 1963.

R. COLLINS y C. ABRAMSKY, *Karl Marx and the British Labour Movement: Years of the First International*, Londres, 1965.

Entre las obras publicadas en nuestro país:

J. TERMES, *El Movimiento Obrero en España, La Primera Internacional (1864-1881)*. Cátedra de Historia General de España. Barcelona, 1965.

O. Vergés, *La I Internacional en las Cortes de 1871*. Cátedra de Historia General de España, Barcelona, 1964.

C. Martí, *Orígenes del Anarquismo en Barcelona*. Editorial Teide. Barcelona, 1959.

M. García Venero, *Historia de las Internacionales en España*. Madrid, 1956.

J.J. Morato, *Historia de la Sección española de la Internacional*, Madrid, 1928.

F. Mora, *Historia del socialismo obrero español*, Madrid, 1902.

Una interesante colección de recuerdos figura en:

F. BRUPBACHER, *Socialisme et Liberté. Les Cahiers Pensée et Action*, París y Bruselas, 1964.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Una excelente introducción bibliográfica figura en:
G. HAUPT, *La Deuxième Internationale. Etude critique des sources. Essai bibliographique*, París y La Haya, Mouton, 1964.

Ver dos ensayos, por otra parte superados, de:
J. JOLL, *The Second International 1889-1914*, Londres, 1955.

P. VAN DER ESCH, *La Deuxième Internationale 1889-1923*, París, Rivière, 1957.

Ver, para ciertos detalles:

M. DOMMANGET, *Histoire du Premier Mai*, París, Rivière, 1963.

M. REBERIOUX y G. HAUPT, «*Le Socialisme et la question coloniale avant 1914. L'attitude de l'Internationale*», *Le Mouvement social*, Les Éditions ouvrières, octubre-diciembre, 1963.

G. HAUPT, *Le Congrès manqué. L'Internationale à la veille de la première guerre mondiale. Etudes et documents*, París, Maspero, 1965.

G. HAUPT (ed.), *Correspondance entre Lénin et C. Huysmans 1904-1914*, París y La Haya, Mouton, 1963.

M. DRACHKOVITCH, *Les socialistes allemands et français et le problème de la guerre 1870-1914*, Ginebra, Droz, 1953.

CH. ANDLER, *Le socialisme impérialiste dans l'Allemagne contemporaine 1912-1913. Dossier d'une polémique avec Jean-Jaurés*, París, 1913.

CAPÍTULO VIII

LA SEGUNDA INTERNACIONAL
Y LA GUERRA DE 1914-1918

1. EL 4 DE AGOSTO DE 1914
2. LA RESISTENCIA A LA PRÁCTICA DE LA UNIÓN SAGRADA
3. LAS REVOLUCIONES DE EUROPA CENTRAL

En el espacio de una semana, entre el 25 de julio y el 4 de agosto de 1914, el mecanismo puesto en pie para impedir la guerra se paró. El mundo constata con estupor la «quiebra» de un movimiento que no supo, en el momento decisivo, ni preservar la paz ni afirmar la solidaridad de los trabajadores de todos los países en el seno de la comunidad socialista. En el espacio de unas horas fue barrida la ilusión por la cual habían combatido tantas generaciones. Y este error no fue la flaqueza de un momento: el principio de la unión sagrada se impuso, durante toda la guerra, a las masas hipnotizadas por la idea de la victoria. Y cuando en 1917 se les presentó la ocasión de arbitrar en común las condiciones de una paz de compromiso, no elevaron ninguna protesta contra la prohibición de la conferencia socialista de Estocolmo y se resignaron a proseguir hasta el final el esfuerzo de guerra. Es verdad que hubo en el seno de los partidos socialistas una «izquierda» minoritario, que no sólo rehusó asumir la responsabilidad de los *masacres*, sino que buscó los medios de negociar e incluso trató de transformar la guerra extranjera en guerra civil. Pero esta oposición no fue bastante pujante ni para acelerar la marcha de la paz ni para organizar, en los Estados centrales, en el momento de la derrota, una revolución que asegurara en Europa, como acababa de hacerlo el bolchevismo en Rusia, la victoria del socialismo. La guerra terminó sin que la estructura política y social de los Estados europeos fuese profundamente modificada.

1. EL 4 DE AGOSTO DE 1914

En el transcurso de la misma jornada, casi a la misma hora, tanto en la Cámara de Diputados como en el Reichstag, los diputados socialistas votaron los créditos militares. Por su parte, el Partido Obrero Belga autorizó a su jefe, Vandervelde, a entrar en el gabinete de guerra. Con ello se daba la prueba de que la Internacional renunciaba a la lucha contra la guerra. Veamos cómo se llegó a tal estado de cosas.

Hacia mediados de julio se reunió en Francia un Congreso extraordinario del Partido Socialista a fin de estudiar el informe de Keir Hardie-Vaillant discutido con ocasión del Congreso de Basilea. Pues bien, contra los guesdistas, que continuaban combatiendo el principio de la huelga general, el Congreso aprobó, por 1690 votos a favor y 1174 en contra, un texto extremadamente enérgica: «Entre todos los medios empleados para prevenir e impedir la guerra y para imponer a los gobiernos el recurso de arbitraje, el Congreso considera como particularmente eficaz la huelga general obrera, simultánea e internacionalmente organizada, en los países interesados, así como la agitación y la acción popular bajo las formas más diversas.» En el curso de los debates, Jaurés, a quien se consideraba como un elemento moderador, se pasó, con gran escándalo de la prensa burguesa, a la extrema izquierda del Partido. Al adoptar esta posición, el Partido Socialista se unía a la C.G.T., que se había pronunciado igualmente en sus congresos de Marsella (1908) y de París (1912) por los métodos insurreccionales y proseguía una viva campaña en este sentido en sus periódicos «La Voix du peuple» y «La Bataille syndicaliste». Cuando la crisis se agudizó, a resultas del envío del ultimátum de Austria a Servia, la C.G.T. organizó manifestaciones en las grandes ciudades francesas contra la guerra; el 27 de julio hubo en París choques entre las masas proletarias y la policía.

Pero, a medida que evolucionaba la crisis, Jaurés parecía que modificaba su actitud. Los artículos de «L'Humanité», a partir del 26 de julio, silencian la idea de la huelga general insurreccional y preconizan, por el contrario, la sangre fría. Jaurés admite que el Gobierno desea sinceramente la paz; y se diría que quiere lavarle de toda sospecha belicista. Es más, logra atraer a la C.G.T. a sus puntos de vista: el 31 de julio, «La Bataille syndicaliste» se limita a preconizar «la unión de todas las fuerzas pacifistas». El punto de vista de Jaurés, según el cual el combate debe ser librado en el solo

plano internacional, se impone progresivamente a los elementos sindicalistas. Cuando fue asesinado en la tarde del 31 por un nacionalista irresponsable, ¿cuál era su estado de espíritu? ¿Quería alinearse desde el día siguiente a la tesis de la Unión Sagrada? ¿O consideraba —opinión que pareció más próxima de la verdad a varios de sus compañeros de lucha— que Francia era víctima de intrigas rusas y que había que proseguir por todos los medios la lucha contra la guerra? De lo que no hay duda es que su muerte selló la Unión Sagrada. La alineación fue por otra parte facilitada por la decisión que tomó el Gobierno, a propuesta del ministro del Interior, Malvy, de no aplicar las medidas de encarcelación a los inscritos en la lista del Carnet B, es decir, a los militantes sindicalistas, que, desde la movilización, debían ser arrestados. La doctrina de la Unión Sagrada fue definida sobre la tumba de Jaurés, el 4 de agosto, por Jouhaux, secretario general de la C.G.T., quien arremetió contra el imperialismo alemán. El mismo día, el grupo socialista votaba por unanimidad los créditos de guerra; una semana más tarde, dos socialistas, Guesde y Sembat, entraban en el gabinete Viviani reorganizado.

En el momento en que se manifiestan en Alemania las amenazas de guerra, las relaciones entre el gobierno imperial y la socialdemocracia son tensas; según parece, el Gobierno preparaba una ley que limitaba el derecho de huelga y prohibía el boicot; el Congreso de Sindicatos de Munich, en junio de 1914, había creído necesario elevar el tono. Sin embargo, tras el atentado de Sarajevo, los socialistas no acababan de darse cuenta del peligro de guerra: el «Vorwärts» se limitaba apenas a cumplir su papel de informador, y en un sentido generalmente hostil a Servia: el peligro que amenaza a Europa es el peligro ruso, y es del movimiento paneslavo de donde podría surgir la guerra. Habrá que esperar el ultimátum de Austria a Servia para que la posición del periódico se transforme: el 25 de julio, condena «la frívola provocación de guerra» del Gobierno de Viena y subraya que «a estos deseos de poderío de los dirigentes austríacos y a los intereses lucrativos imperialistas no debe ser sacrificada ni una sola gota de sangre de un soldado alemán». A partir de esta fecha cunden las manifestaciones en las grandes ciudades alemanas, destinadas a mostrar la voluntad de paz de las masas trabajadoras, y cuyo punto culminante es alcanzado el día 28. Pero conviene notar que en el transcurso de la crisis, la prensa socialista no pone en tela de juicio la voluntad de paz del Gobierno alemán: en todas las circunstancias, escribe «Vorwärts» el 30 de ju-

lio, «Guillermo II se ha mostrado el amigo de la paz internacional»; y la propia Rosa Luxemburgo le otorga una «patente de pacifismo». En su trabajo de «manipulación» de la opinión pública alemana, el Gobierno logra tomar contacto con los líderes socialdemócratas y convencerles de su deseo de paz: el 29 de julio, uno de éstos, Südekum, fue recibido por el canciller Bethmann-Hollweg y dio a éste la seguridad de que en caso de guerra no habría huelga general. El 31 de julio una mayoría se desgaja del grupo parlamentario para votar los créditos de guerra. El 2 de agosto, la comisión directiva de los sindicatos interrumpe las huelgas en curso; el 3 de agosto, por 78 votos a favor y 14 en contra (oposición de Haase, Ledebour y Liebknecht) se toma la decisión de votar los créditos militares; y fue un oponente, el propio Haase, quien al día siguiente leyó en el Reichstag la declaración por la cual la socialdemocracia, si bien declinando su responsabilidad de una política que ella siempre había combatido, se negaba a abandonar a la patria en la hora del peligro. Con ello, renunciaba a todo medio de control sobre el Gobierno; se asociaba en tanto que parte integrante al sistema político pluralista, que desde hacía cincuenta años venía gobernando los destinos de Alemania.

Veamos ahora lo que sucedía en el seno de la propia Internacional. El atentado de Sarajevo apenas la conmovió: a los socialistas del mundo entero les parecía imposible que Alemania se arriesgara a emprender una guerra contra Rusia, Francia y Gran Bretaña, para ayudar a Austria a aniquilar a Servia. Sin embargo, ante lo grave de la situación, el secretario del B.S.I., Huysmans, tomó la iniciativa de reunir el Buró en Bruselas, el 29 de julio. Asistían a la reunión Jaurés y Guesde por Francia, Kautsky, Haase y Rosa Luxemburgo por Alemania, Adler por Austria, Keir Hardie por Gran Bretaña, Vandervelde por Bélgica. Se acordó celebrar en París, el 9 de agosto próximo, el Congreso que a causa de las circunstancias no se podía celebrar en Viena. Pero no se tomó ninguna medida práctica para coordinar la lucha contra la guerra. A decir verdad, la mayor parte de los delegados, excepto Adler, no creían aún en la posibilidad de un conflicto mundial y seguían confiando con optimismo en la salida de la crisis, que podría, pensaban, ser «localizado». Las manifestaciones contra la guerra que tuvieron lugar, la noche del 29, en Bruselas, por parte de las multitudes obreras les confirmaban en su punto de vista. La tentativa suprema del socialista alemán H. Müller, que acudió a París el 1.º de agosto para entrevistarse con sus colegas franceses, ya no podía aportar resultados satisfactorios:

cuando regresó a Berlín, halló a los socialdemócratas resueltos a votar los créditos de guerra.

¿Cómo explicar la derrota de la Internacional? Lenin arremetió contra esta «aristocracia obrera» corrompida por el revisionismo y el oportunismo; y Rosa Luxemburgo habló de la «traición de los jefes» en el momento crucial de la crisis. De hecho, la pujanza del sentimiento nacional, la ola de chovinismo que se extendió a la sazón por Europa hicieron imposible toda resistencia. El sindicalista francés Monatte notó justamente: «Yo no le reprocho al Buró el no haber desencadenado la huelga general ante la movilización. Todos hemos sido impotentes cuando sobrevino la ola.» Los obreros franceses, muchos de los cuales eran más sensibles a la vieja ideología jacobina que a la doctrina de la lucha de clases, tuvieron la impresión de que volaban en socorro de la patria en peligro y que tenían el deber de derrocar al imperialismo alemán. Por lo que toca al proletariado alemán, se sentía amenazado por el régimen zarista, por el peligro paneslavo. «Lo que está en juego es para nosotros —declaró Haase en la tribuna del Reichstag— descartar el peligro que amenaza ahora a la cultura y la independencia de nuestra patria.» Este sentimiento era compartido igualmente por los alemanes de Austria en Viena. En suma, la guerra que iba a surgir del atentado de Sarajevo aparecía a los obreros de los diversos países, no como una guerra imperialista provocada por las ambiciones opuestas de las grandes potencias, sino como una guerra «defensiva», por tanto como una guerra «justa», según la terminología socialista. En su *La guerra y la Internacional* (fines de 1914) Trotsky se había dado perfecta cuenta de que la acción revolucionaria era imposible antes de la declaración de guerra y no podría surgir más que de la fatiga de los pueblos.

2. LA RESISTENCIA A LA PRÁCTICA DE LA UNIÓN SAGRADA

Zimmerwald y Kienthal

Las primeras reacciones contra la Unión Sagrada provinieron de cierto número de socialistas que pertenecían a los países neutrales y que temían la entrada de su país en la guerra: se trataba, a su juicio, de reunir los elementos de una política socialista común, que pudiese imponer a los beligerantes una paz de compromiso. Pero, cuando cursaron invitaciones a una conferencia que debía tener

lugar a principios de 1915, tropezaron con la oposición de socialistas franceses y belgas, los cuales rehusaban sentarse a la misma mesa que los socialistas alemanes, en tanto que éstos no condenaran la invasión de Bélgica. En Copenhague, en enero de 1915, se reunieron tan sólo los delegados de los países escandinavos, de Holanda y del Bund judío. La única medida acordada fue el traslado del Secretario de la Internacional de Bruselas a La Haya; la conferencia se limitó a recordar que los objetivos de la guerra debían comportar para los socialistas el derecho de las naciones a disponer de ellas mismas, el arbitraje obligatorio y el desarme general. De hecho, la violencia de las pasiones nacionales no autoriza más que la reunión de congresos interaliados: para la Entente en Londres, en febrero de 1915, para los Imperios centrales en Viena en abril del mismo año. De uno y otro lado se limitaron a hablar del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. En Londres, es cierto, fue establecido un texto redactado por ciertos socialistas británicos, sindicalistas franceses y algunos revolucionarios rusos, en el cual se invitaba a los parlamentarios socialistas a salir de los gabinetes de Unión Sagrada; de hecho sólo se trataba de la oposición de algunos individuos.

Con todo, en el transcurso del año 1915, se constituyen en todos los Estados grupos a los que el fracaso de la Internacional, en agosto de 1914, no ha convencido de la inanidad de toda acción revolucionaria. En Rusia, los dos grupos parlamentarios menchevique y bolchevique habían rehusado el 8 de agosto votar los créditos de guerra, mas sin lograr arrastrar a los rusos de la emigración quienes, en su mayor parte, se enrolaron en los ejércitos de la Entente. En Gran Bretaña, si la mayoría del *Labour* y de los sindicatos da su apoyo al esfuerzo de guerra británico y si A. Henderson entra en la primavera de 1915 en el gabinete Asquith, el Independant Labour Party publica un manifiesto contra la entrada en guerra de Gran Bretaña, que firmó, entre otros, MacDonald: «Nosotros vemos tanto en los trabajadores de Alemania y Austria como en los de Francia y de Rusia, nuestros compañeros y nuestros hermanos»; y bajo el nombre de Union of democratic control se constituye, en noviembre de 1914, una liga a la vez socialista y radical de acción pacifista. En Francia y en Alemania es necesario remontar una corriente más poderosa aún. Con todo, bajo el influjo de los escritos de R. Rolland y de los medios franco-rusos de París que se reúnen en torno a la revista «Nase Slavo» («Nuestra Palabra»), los círculos sindicales de «Vie ouvrière», con Merrheim y Monatte, y en particular la

Federación de los Metalúrgicos, condenan la continuación de la estrategia de la Unión Sagrada y estiman que la paz sólo se podrá lograr por una negociación entre los beligerantes; estas tendencias aparecen igualmente en ciertos grupos feministas o anarquistas, mientras que en el seno de la propia S.F.I.O., en la Federación de Haute-Vienne y bajo la dirección de Jean Longuet, se concreta una oposición «minoritaria», que por otra parte no piensa en poner en cuestión la unidad del Partido. En Alemania, tras el voto del 4 de agosto, ciertos diputados se arrepienten de su gesto; y K. Liebknecht decidió, en diciembre de 1914, votar contra los créditos de guerra; la revista «Die Internationale» la editan conjuntamente un grupo que comprende, además de Liebknecht y Rosa Luxemburgo, el historiador Mehring y C. Zetkin, en tanto que en Bremen J. Borchard, redactor de «Lichtstrahlen», preconiza la ruptura inmediata con el Partido. Al mismo tiempo, ciertos diputados «minoritarios» se niegan a participar en una guerra de anexión, se abstienen en marzo de 1915 con ocasión del voto del presupuesto y, bajo el título *Las exigencias de la hora* y con las firmas de Haase, Kautsky y Bernstein condenan toda actitud que hiciera de la socialdemocracia un mero engranaje de la máquina de guerra alemana.

La iniciativa de agrupar las fuerzas de resistencia socialista a la guerra se debió a ciertos socialistas de los países neutrales, el italiano Morgari, el suizo R. Grimm, la refugiada rusa A. Balabanova, los cuales lograron poner en pie en Zimmerwald (Suiza) una conferencia a la que asistieron 11 países y 38 delegados, por otra parte muy diferentemente representativos. Y si bien hubo unanimidad en la condena de la política de Unión Sagrada, no es menos cierto que surgieron en el seno de esta conferencia dos tendencias bastante diferentes. Para la derecha «zimmerwaldiana», se trataba de preparar el terreno a la reconstrucción de la Segunda Internacional, de tal forma que los socialistas pudiesen desempeñar en lo sucesivo el papel de mediadores. Para la «izquierda zimmerwaldiana», a la que Lenin dio su doctrina al publicar sus *Tesis sobre la guerra*, se trataba de librar la lucha de clases a escala nacional, de transformar la guerra extranjera en guerra civil, y de constituir una Tercera Internacional. El punto de vista de Lenin no logró imponerse, y éste terminó por aceptar una solución de compromiso, que preveía la creación de una Comisión Social Internacional (C.S.I.), con A. Balabanova como secretaria, y cuya misión era la de preparar una nueva reunión de la Internacional. En el transcurso de las discusiones, los delegados

franceses, Merrheim y Bourderon, así como la mayoría de los delegados alemanes, Haase y Ledebour, y los propios partidarios de Liebknecht (excepto Borchard) se pasaron a la «derecha». Las oposiciones estratégicas no fueron menos vivas en abril de 1916, con ocasión de la Conferencia de Kienthal, en la que, a pesar del refuerzo del grupo minoritario, Lenin tampoco pudo hacer triunfar su punto de vista, y se limitaron a condenar la complicidad de la Internacional con la política de la Unión Sagrada.

El llamamiento de Zimmerwald no carecía de relación con una rigidez de la oposición socialista en los países beligerantes. En Gran Bretaña, halla audiencia en el Independent Labour Party, que no por ello romper con el Labour, así como en ciertos elementos del British Socialist Party agrupados en torno a J. MacLean, salvo Hyndman, que prefirió constituir una organización disidente bajo el nombre de «Partido Nacional Socialista». En Francia, con elementos sindicalistas y pacifistas se constituye el Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales (C.R.R.I.), en tanto que los medios anarquistas se agrupan en el Comité de Defensa Sindical (C.D.S.), con su órgano «Temps nouveaux». En Alemania, la oposición se acentúa por un lado en el seno del grupo llamado «Espartaquista» que, con los artículos de Junius y después con *Las cartas políticas* firmadas por Spartakus (Liebknecht), afirma la indispensable solidaridad de los trabajadores en torno a la Internacional y organiza el 1.º de Mayo de 1916 la primera huelga revolucionaria en tiempos de guerra; por otra parte, en el seno del grupo «minoritario» que, por no haber votado los créditos de guerra, es expulsado en marzo de 1916 de la delegación socialista en el Reichstag y forma una «Comunidad de Trabajo Socialdemócrata» disidente: En Austria, no tarda en manifestarse una opinión divergente por Fritz Adler, hijo de Victor, el cual, en octubre de 1916, asesinó al presidente del Consejo, Stürgkh: el discurso que pronunció ante el tribunal que le condenó a muerte contribuyó a despertar de su letargo a la socialdemocracia austríaca. Sin embargo, mientras que los mayoritarios siguen teniendo sólidamente en las manos a los partidos socialistas, la oposición aparece como dispersa y heterogénea; en todo caso está, hasta 1917, mucho más próxima del pacifismo tradicional que del ideal revolucionario de Lenin.

La crisis de 1917

La actitud de los medios socialistas por lo que hace a los problemas de la Internacional fue transformada por completo a causa de los acontecimientos sobrevenidos en Rusia en marzo de 1917. Las declaraciones del Soviet de Petrogrado, el 24 del mismo mes, no dejan la menor duda sobre la voluntad de paz del pueblo ruso: dichas declaraciones demandan en términos categóricos la apertura inmediata de negociaciones y el abandono de todo programa de anexión. El ministro de Asuntos Exteriores, Miliukov, que es partidario de la continuación de las hostilidades, se ve arrastrado por la corriente del mes de mayo. Estos acontecimientos constituyen una invitación apremiante al Buró socialista intercional para reanudar las transacciones con vistas a la reunión de un congreso socialista, que agrupara al conjunto de las naciones beligerantes.

El momento puede parecer tanto más favorable por cuanto los beligerantes manifiestan, en la primavera de 1917, una fatiga general y la moral parece por doquier considerablemente afectada. Los más graves acontecimientos se sitúan en Alemania, en donde, a causa de la dramática insuficiencia del abastecimiento, se han desarrollado en abril de 1917 huelgas que toman en algunas ciudades, como en Leipzig, un carácter revolucionario debido a la intervención espartaquista, y que el Gobierno, tras algunas concesiones, reprime por la fuerza. En esta época la constitución de un Partido rival de la socialdemocracia mayoritaria, el Partido Socialdemócrata Independiente (U.S.P.D.), con Kautsky, Haase, Ledebour y Bernstein, que preconiza negociaciones directas con la Rusia republicana, obliga al S.P.D. a más circunspección. Tras haber dado su apoyo al principio de la guerra submarina a ultranza, se ve al Partido Socialdemócrata insistir, en el curso del año 1917, de una manera más apremiante, sobre la democratización necesaria del Reich y la introducción del sufragio universal en Prusia —que el emperador promete en su mensaje de Navidad de 1917 para el fin de las hostilidades—, así como sobre la necesidad de una paz negociada; el «mayoritario» Scheidemann se une al centrista Erzberger para reclamar, en el curso de la sesión del Reichstag del 19 de julio, una paz «de reconciliación duradera entre los pueblos» y para condenar «las conquistas territoriales obtenidas por la fuerza». En Francia, el fracaso de la ofensiva de Nivelle, en abril de 1917, lleva la crisis a su punto culminante: además de que la moral del ejérci-

to está profundamente afectada, desde principios del año surgen huelgas favorecidas por el pleno empleo, que en mayo toman un carácter inquietante: el Gobierno, antes que reprimirlas, prefiere hacer ciertas concesiones —salario mínimo, arbitraje obligatorio—, y ahoga eficazmente su desenvolvimiento. En Gran Bretaña, es el movimiento de «dilución», es decir, la sustitución de los obreros cualificados por los obreros no cualificados el que crea a los poderes las mayores preocupaciones. El estado de espíritu general viene agravado por los rumores de negociaciones de paz que circulan por Europa desde fines del año 1916.

La Conferencia de Estocolmo se debió a la iniciativa de ciertos socialistas neutrales holandeses (Troelstra) o escandinavos (Branting), quienes, tras constituir en acuerdo con el belga Huysmans un comité, cursaron invitaciones a los delegados de los Estados que habían formado parte de la Segunda Internacional. El proyecto halló una audiencia particular cerca de los socialistas rusos, y especialmente del Soviet de Petrogrado, los cuales enviaron a Estocolmo representantes a fin de entrevistarse con el comité de los neutrales, esperando que el Congreso permitiría a Rusia, al socaire de una paz de compromiso negociada bajo su égida, salir de la guerra. Por contra, el proyecto de una conferencia socialista internacional tropezó ante todo con el recelo de los socialistas franceses y británicos, así como con el de Plejánov, que veían en ella una trampa tendida por Alemania, una treta destinada a hacer aceptar por los socialistas europeos los objetivos de guerra de las potencias centrales. No obstante, los adversarios del proyecto no tardaron en cambiar de opinión: la misión parlamentaria francesa, con Moutet y Cachin, que había ido a Rusia para entrevistarse con los socialistas rusos, regresó con la convicción de que si se quería que Rusia prosiguiera en guerra, era necesario recurrir a la Conferencia de Estocolmo: se podría en ella confundir a los socialistas alemanes haciéndoles confesar sus objetivos de guerra. Igual punto de vista sostenían el británico Henderson y el francés A. Thomas, quienes habían sido enviados a Petrogrado en misión oficial. El 28 de mayo, el Congreso Nacional del Partido Socialista Francés votó, pues, por unanimidad la participación en el Congreso de Estocolmo; únicamente algunos socialistas de derecha, el grupo de «Francia libre» dirigido por Morel, rehusó asociarse a esta manifestación. No hay duda alguna de que, en los meses subsiguientes, Estocolmo se convirtió para muchos en el símbolo de la esperanza de paz que animaba a la sazón a un elevado número de socialistas y de

pacifistas en todos los países: al definir las posiciones socialistas ante el problema de los objetivos de guerra, la futura conferencia debía constituir la contribución específica del movimiento obrero al establecimiento de la paz internacional.

Sin embargo, la Conferencia de Estocolmo no tuvo lugar: en el momento en que se daban los últimos toques a los preparativos de la misma, los Gobiernos de la Entente no concedieron los pasaportes a los delegados. En un manifiesto del 15 de setiembre, el Comité de Estocolmo mantuvo el principio de una reunión internacional y se transformó en organización permanente. Pero, de hecho, ya no había esperanza de ver a la Segunda Internacional tomar en las manos el problema de la paz; toda tentativa de resolver el conflicto mundial de otra forma que por la victoria completa de un imperialismo sobre el otro, estaba condenada al fracaso. Buena prueba de ello es que contra las decisiones de los Gobiernos no había elevado ninguna protesta seria. ¿Por qué esta nueva derrota de la Internacional, más grave quizá que la de 1914? Hay que atribuirle sin duda a la debilidad y la dispersión del movimiento pacifista, a la impotencia en que se hallaban los líderes de organizar la dialéctica de la revolución y de la guerra, como lo hizo Lenin en Rusia. Sea como sea, el fracaso de la Conferencia de Estocolmo obliga a los socialistas de los grandes Estados occidentales, ya a contemplar en la impotencia el fin de la carnicería, ya a esperar la salvación de la revolución que Lenin, también él adversario de la conferencia, que está en trance de terminar en Rusia.

Al menos el principio de la Unión Sagrada ha sido quebrantado por estos acontecimientos en los Estados de la Entente. En Francia, desde el mes de setiembre los socialistas han rehusado mantener en el Gabinete Ribot su participación en el poder. En Gran Bretaña, Henderson, tras el asunto de la no concesión de pasaportes, ha dimitido, pero los ministros laboristas continúan colaborando en el Gabinete de Guerra presidido por Lloyd George.

La Revolución rusa de Octubre y los movimientos socialistas europeos

En el desastre que constituye para el socialismo europeo el fracaso de la Conferencia de Estocolmo, hay sin embargo un elemento de esperanza: la Revolución que ha llevado en Rusia al poder al Partido Bolchevique. Es incontestable que el proletariado europeo se halla en presencia de una nueva realidad revolucionaria. Pero para apreciar plenamente la

influencia de tal acontecimiento hay que tener en cuenta el hecho de que la Revolución de Octubre fue seguida de cerca por las negociaciones de paz separada entre Rusia y Alemania, y en marzo de 1918 por la signatura de la paz de Brest-Litovsk. Es evidente, por otra parte, que la revolución no pudo triunfar en Rusia más que por la violencia y la destrucción de todos los sectores de la opinión que no se alinearon al bolchevismo. La corriente de adhesión a la Revolución de Octubre será en buena parte determinada, en los meses siguientes, por estas consideraciones.

En Francia, sobre la que el final de guerra en el Este hace aumentar de nuevo todo el peso de la amenaza alemana, las gentes se sienten poco dispuestas a la simpatía, pese a que la revolución fue acogida al principio con entusiasmo como lo muestran las deliberaciones del Congreso de Sindicatos en Clermont-Ferrand en diciembre de 1917. En la revolución se ve en general una victoria de la minoría; la supresión de la Constitución es considerada como una tentativa de dictadura, Brest-Litovsk como una «cobardía» o una «traición». De este hecho la corriente de opinión hubiera debido fluir hacia la derecha, y, si no sucedió así, fue porque la dictadura de Clemenceau, represiva y corruptora, suscitó un estado de exasperación en la clase obrera: numerosos militantes pacifistas o antimilitaristas, como Guilbeaux, fueron a la sazón procesados. Antisovietismo y anticlemencismo contribuyen, pues, a mantener al socialismo francés en una posición «centrista», igualmente alejada de la ideología de la Unión Sagrada y del derrotismo revolucionario de Lenin. En general, a pesar del movimiento de huelgas que el C.D.S. organiza en la primavera de 1918 en la cuenca del Loire, los líderes sindicalistas, y entre ellos Merrheim, tratan de calmar los espíritus y fijar al movimiento obrero objetivos concretos y mesurados. En el seno del Partido Socialista, con ocasión del Congreso de París, en octubre de 1918, y como consecuencia de una larga evolución, los «minoritarios» han pasado a ser la mayoría con 1.528 mandatos contra 1.212; Cachin sucede a Renaudel en la dirección de «L'Humanité» y L. Frossard a Dubreuil en el secretariado del Partido; pero el socialismo francés se sitúa en una posición de defensa y de repliegue.

La hostilidad con respecto a la revolución bolchevique es más acentuada aún en el seno de las agrupaciones británicas. Indudablemente, la caída del zarismo tuvo, en Gran Bretaña, como por doquier, una profunda repercusión: en junio de 1917 se celebró en Leeds un congreso al que asistieron los elementos de izquierda del Independant Labour

Party y del British Socialist Party, así como representantes de ciertas Trade-unions, y que se pronunció por la dictadura del proletariado y la formación de consejos de obreiros y soldados, provocando una viva emoción en las clases dirigentes británicas. Los principales admiradores del sistema soviético se reclutaban entre los *shop-stewards*, delegados de talleres, cuya influencia, particularmente sensible en los distritos industriales de la Clyde, se había manifestado desde 1915 y que constituyeron en 1917 un Comité Nacional de Trabajadores. No obstante, estos elementos constituían una escasa minoría; y la opinión de izquierda no tardó en volverse contra el régimen de los Soviets, que fue interpretado como una dictadura terrorista; cuando Kerenski se presentó en Londres en junio de 1918, fue recibido con entusiasmo por los laboristas. Únicamente algunos miembros del B.S.P., que gravitaban en torno al periódico «The Call», se solidarizaron con los Soviets.

La influencia de la Revolución de Octubre fue más profunda en Italia, cuyo Partido Socialista había adoptado, desde el inicio de las hostilidades, una actitud neutral y se mantenía al margen de la exaltación chovinista. Con excepción del grupo reformista de L. Bissolati, que ya había sido excluido del Partido en 1912, y de los grupos anarcosindicalistas dirigidos por Mussolini, las consignas pacifistas fueron obedecidas. «Ni colaborar ni sabotear», tal era la consigna del secretario general del Partido, G. Lazzari. Bajo el título *La paz y el periodo de posguerra* había aparecido en marzo de 1917 un documento redactado por dirigentes socialistas y sindicalistas que propugnaba, en el espíritu de la «derecha» zimmerwaldiana, una paz sin anexiones ni indemnizaciones, la convocatoria de una asamblea constituyente, el derrocamiento de la monarquía, el sufragio universal y directo, el nombramiento por la nación de los funcionarios; dicho documento era la expresión de los anhelos de la clase obrera italiana, la cual consideraba la guerra, con sus indecibles sacrificios, como una empresa egoísta de la burguesía y que no le concernía en absoluto. Mientras que después de Caporetto algunos reformistas, como F. Turati, heredero de la tradición democrática del Risorgimento, se unían a la causa de la «Unión Sagrada», se desgajaba del Partido una mayoría «maximalista» que, llena de entusiasmo por la revolución rusa, encaraba ahora la posibilidad de una revolución social y la toma del poder por el proletariado. Son los partidarios de G. Serrati quienes ganan la partida en el Congreso de Roma (setiembre de

1918), al rechazar toda transformación en el marco del Estado existente y al preconizar una república socialista.

Sin embargo, la propagación de las ideas bolcheviques va a depender en definitiva de las reacciones de los imperios centrales, amenazados de hundimiento militar.

3. LAS REVOLUCIONES DE EUROPA CENTRAL

Los socialistas alemanes frente a la derrota

En Alemania, después de las huelgas de abril de 1917, los únicos movimientos revolucionarios tuvieron lugar a bordo de barcos de guerra, en donde el espíritu de lucha de clase entre marinos y oficiales está más desarrollado que en el ejército de tierra; en relación con miembros del U.S.P.D., los marinos de Wilhelmshafen manifestaron su acuerdo con el voto del Reichstag sobre una paz de compromiso y con la reunión de la Conferencia de Estocolmo; de hecho, se trataba de un movimiento limitado, pero al que el mando dio una importancia considerable: dos «rebeldes» fueron pasados por las armas y se pronunciaron numerosas penas de prisión. No obstante, en enero de 1918, bajo el efecto de la Revolución de Octubre y de la lentitud de las negociaciones que lleva el Estado Mayor, se desarrolla en los medios obreros un estado de espíritu revolucionario: los «hombres de confianza» (*Obleute*) preparan una huelga general a fin de obtener, además de la signatura de una paz sin anexiones, mejoras materiales y la introducción del sufragio universal en Prusia; consiguen, no sin pena, el apoyo de los cuadros del U.S.P.D. El 28 de enero hay 400.000 huelguistas en Berlín, un millón por toda Alemania en el transcurso de los días siguientes. Sin embargo, muy pronto se produce el reflujo: socialistas mayoritarios entran en el comité de acción, en realidad para sabotear o frenar la acción reivindicativa; y la represión no tarda en abatirse por orden del Estado Mayor: el líder independiente Dittmann es arrestado, el «Vorwärts» prohibido, se ordena la vuelta al trabajo para el 4 de febrero, bajo pena de insumisión. La huelga ha fracasado dejando un hondo rencor, propiciador de los acontecimientos de noviembre. Pero es indudable que la masa de trabajadores no ha comprendido las diversas tendencias que agitan a la sazón a la socialdemocracia y que es de esta confusión de donde surgió por una parte el fracaso del movimiento.

En estas condiciones, son los socialistas «mayoritarios»

los que ejercen el principal influjo. Si bien entre ellos, y en particular en la redacción del órgano «Sozialistische Monatshefte», las ideas nacionalistas desarrolladas por personalidades como E. David, K. Haenisch progresaron y ciertos socialistas, como Parvus Helphand, aportaron su apoyo al Gobierno con el designio de introducir la revolución en Rusia, los líderes responsables del Partido jamás aportaron su apoyo oficial a una política de anexión. Tenían la preocupación por una parte de dar pruebas de su intenso patriotismo y de asir esta ocasión para integrarse, ellos, los fuera de la ley, en la nación alemana, y por la otra, no dejar confundir sus objetivos de guerra con los de los medios nacionales y pangermanistas. De ahí las vacilaciones y las contradicciones que es fácil observar en su actitud. ¿Debían o no debían reconocer la signatura del Tratado de Brest-Litovsk, inadmisible para los socialistas por las anexiones que comportaba, y sin embargo tan provechosas desde el punto de vista económico y militar para Alemania? Scheidemann se pronunció por la abstención, seguido tan sólo por 52 diputados, mientras que 4 votaban en favor, 13 se ausentaban de la sala de sesiones y el U.S.P.D. daba un voto hostil por unanimidad. Hasta el fin de las hostilidades el «Vorwärts» rehúye examinar la posibilidad del abandono de Alsacia y Lorena y contribuye a mantener en las masas alemanas el sentimiento de invencibilidad de los ejércitos. Cuando a principios de octubre se constituye el gabinete Max de Bade, con la misión de negociar el armisticio, los socialdemócratas, tras haber formulado sus condiciones sobre la democratización de Alemania, pusieron a uno de los suyos, Scheidemann, al servicio del nuevo Gobierno y aceptaron sostener hasta el fin el esfuerzo de guerra. En el curso del mes de octubre fueron ellos los que plantearon, primero con palabras encubiertas y después abiertamente, la cuestión de la abdicación de Guillermo II; pero con ello no pensaban en absoluto en derrocar la monarquía, sino antes bien en una regencia. Su preocupación esencial consistía en evitar una revolución social y deseaban el paso legal de un gobierno autoritario a un gobierno de carácter «popular». Su moderación se explica, de un lado por la influencia que siguen ejerciendo sobre ellos los sindicatos, los cuales temen que una revolución acarree la pérdida de las ventajas obtenidas, del otro, por el horror que sienten ante los acontecimientos de Rusia, ante «el bolchevismo asiático y bárbaro», según expresión de Ebert, y que al parecer está dispuesto a devorarlo todo.

Los socialdemócratas se daban perfecta cuenta de que su reserva corría el riesgo de hacer el juego de los grupos

más avanzados. Pero estos grupos eran desunidos y de escasa consistencia. El U.S.P.D. estaba dividido entre adversarios (Kautsky) y admiradores (Ledebour) de la revolución soviética. En cuanto a los espartaquistas, la mayor parte están en prisión: en prisión, en efecto, Rosa Luxemburgo escribe su ensayo *Sobre la revolución rusa*, en el que expresa su decepción respecto de un régimen que no ha sabido respetar las normas democráticas. Los grupos revolucionarios de extrema izquierda, cuyos más activos son los *Obleute* revolucionarios (entre ellos R. Müller y E. Daüming), tratan de constituir, en octubre, consejos de obreros y soldados, a fin de instaurar en Alemania una «república de soldados»; pero al parecer los espartaquistas no tienen el suficiente predicamento sobre las masas como para dirigir una revuelta contra el régimen.

En estas condiciones, la revolución surgió de dos focos ocasionales de subversión. Ante la amenaza de hacer zarpar a la flota a fin de entablar una suprema batalla, los marinos cuartelados en dos unidades ancladas en la rada de Kiel se niegan a obedecer; como el almirantazgo ha cometido el error de ordenar su arresto, el día siguiente, 4 de noviembre, la revuelta ruge en la ciudad, arrastrando a los soldados de la guarnición y los trabajadores de los arsenales; la bandera roja no tarda en flotar sobre la ciudad. El Gobierno decide enviar al socialista Noske para restablecer una aparente legalidad; pero en el transcurso de las jornadas siguientes, los marinos se extienden por los puertos vecinos y después por el interior del país, llevando con ellos los gérmenes de la revolución, sin tener por otra parte un plan de conjunto ni obedecer a una acción concertada. En Munich, la agitación la promueve un hombre, K. Eisner, intelectual judío de una vasta cultura, que, tras haber militado en las filas socialistas como revisionista y después como independiente, se ha revelado un notable organizador; se siente movido, según parece, no tanto por convicciones marxistas como por odio contra Prusia. Ya el 23 de octubre, se había pronunciado por la república y por la paz. El 7 de noviembre, se percata de que el palacio real está mal defendido, circunstancia que facilita el asalto: sin tratar de resistir, el último de los Wittélsbach, Luis III, abandona Munich, en donde se instala un Consejo de Obreros y Soldados. Eisner comparte el poder en Baviera con los socialdemócratas mayoritarios.

De los acontecimientos de Munich surge la revolución de Berlín. El día 7, Scheidemann hace saber a Max de Bade que su Partido exige la abdicación del emperador;

al día siguiente gravita sobre la ciudad la amenaza de la huelga general. Sin embargo, antes incluso de que se obtenga la abdicación, en la capital se crea una situación revolucionaria por la movilización de las masas trabajadoras: el día 9, Scheidemann proclama la República desde el balcón del Reichstag. El día siguiente se constituye un Gobierno de Comisarios del Pueblo, encabezado por Ebert, compuesto por mayoritarios (Scheidemann y Landsberg) e independientes (Barth, Dittmann, Haase). En esta época, la realidad del poder está casi por doquier en las manos de Consejos de Obreros y Soldados, en número de 10.000 aproximadamente; y se ha constituido un Consejo Ejecutivo de Consejos (*Vollzugsrat*), con la misión de controlar al nuevo Gobierno.

La identidad de los términos no debe inducir a error sobre la profunda significación de la revolución que acababa de producirse en Alemania. Dicha revolución fue incruenta; el régimen no pensó en defenderse y las clases dirigentes se rindieron, como atacadas de parálisis. No hubo pues, propiamente hablando, lucha revolucionaria: cansadas de la guerra y del hambre, las masas sólo tuvieron que ponerse en marcha para que las autoridades imperiales se hundieran. Pero aun así, no les fue posible a los elementos que deseaban una transformación radical de la sociedad y de la economía controlar sus tropas y encuadrarlas. La masa era, por otra parte, poco consciente de las oposiciones existentes entre los diversos grupos revolucionarios, y deseaba que la unidad se restableciera lo más de prisa posible. Y, desde luego, esta voluntad de unidad servía en primer lugar a la socialdemocracia mayoritaria, así como a los sindicatos, cuyos cuadros eran más antiguos y más populares, y cuya organización era muy superior a la de los independientes. Así, los consejos que fueron designados en noviembre de 1918, que eran no los motores de la revolución, sino la consecuencia del hundimiento general de las autoridades, no tardaron en pasar bajo el control de la S.P.D.: los independientes sólo fueron mayoritarios en algunas ciudades, como Bremen, Brunswick o Leipzig. El deseo, a la sazón muy vehemente en los consejos, de «democratizar» la Administración e insuflar un aliento popular en la burocracia del Reich, en suma, promover una democracia política y económica, pero tropezó, por temor del «bolchevismo», con los cuadros dirigentes de la socialdemocracia. Este Partido, que desde hacía mucho tiempo se había integrado en la vida política del Reich, no sentía en absoluto la necesidad de una revolución social; lo que deseaba era preservar Alemania de

los horrores y las conmociones de la revolución rusa. Si se puso a la cabeza del movimiento revolucionario fue con la esperanza de detenerlo y controlarlo. Hombres como Ebert y Scheidemann antepusieron los intereses del Estado al programa de la socialdemocracia: para ellos el mal supremo era el caos, la anarquía. Y por otra parte, ¿para qué recurrir a la violencia? Pensaban que el sufragio universal les aportaría la victoria, que bastaría con esto para transformar el Imperio alemán en una república democrática y social.

Los socialistas austriacos y la caída de la monarquía

Al igual que en Alemania, el movimiento socialista tampoco fue capaz de crear en Austria una situación revolucionaria; y no fueron sus tropas las que derrocaron la vieja monarquía. Durante los primeros años de la guerra, el estado mayor del Partido siguió siendo fiel a las concepciones de K. Renner quien, tras haber hecho una activa campaña en favor de las ideas de Naumann sobre la *Mitteleuropa*, publicó en 1916 su *Libro de la regeneración de Austria*, en el que definía como una «utopía revolucionaria» la formación de pequeños Estados nacionales independientes: según él, la transformación de la monarquía danubiana debía hacerse en el sentido de una «internacional democrática», abandonando la institución de los estados de la Corona y adoptando el principio de la autonomía cultural. Sin embargo, al regreso de su cautividad en Rusia, O. Bauer adoptó una actitud enteramente distinta y criticó con vehemencia las tendencias legalistas de la socialdemocracia. Los ataques contra Renner menudean en la revista «Der Kampf»; y en el Congreso del Partido del mes de octubre de 1917 se constituye una «izquierda» que toma posición en favor de la reunión de asambleas constituyentes en las que cada nación asumiría sus propios destinos. Muchos socialdemócratas evolucionan, pues, hacia la idea de la disolución del Estado austro-húngaro, y esperaban de esta disolución, para los alemanes de Austria, la posibilidad de unirse a la Gran Alemania. En cuanto a las masas, cuyo sentimiento de hostilidad respecto a la Rusia zarista databa de largo tiempo, su legalismo estaba fuertemente quebrantado: el anuncio de las condiciones impuestas por los imperios centrales a los Soviets en Brest-Litovsk había provocado, en enero de 1918, una huelga de magnitud inesperada en Viena, que había desbordado los marcos propios de una revolución violenta; un mes después la revuelta de los marinos en Cattaro, que la opi-

nión conoció por las revelaciones de un oficial de artillería socialista, J. Braunthal, demostró por una acción subversiva la dispersión de las fuerzas combatientes.

No fue sin embargo el Partido Socialista quien tuvo la iniciativa en 1918. Los estados sucesores se formaron en octubre y en noviembre sobre una base nacional. Particularmente en Bohemia, en donde los parlamentarios partidarios del mantenimiento de la monarquía austro-húngara, como B. Smeral, no tardaron en verse superados por los acontecimientos, las preocupaciones nacionales eran demasiado poderosas en los socialistas checos para que ni un instante pudieran oponerse al movimiento en favor de Checoslovaquia, que arrastraba a la sazón al conjunto de la nación; y entraron con la mayor naturalidad en el Gabinete presidido por el joven checo K. Kramar. La idea nacional fue igualmente la que condujo a los socialdemócratas de las zonas sudetes y moravas a rehusar, con los otros partidos alemanes, su integración en el nuevo Estado, y a solicitar por el contrario su admisión en la República Federal Alemana. En toda la Europa central la primacía de los problemas nacionales hacía pasar a segundo plano las preocupaciones sociales y las posibilidades de una revolución. Los partidos socialistas debían adaptarse como mejor supieran a una situación que ellos no habían contribuido a crear.

DOCUMENTOS

29. LA UNIÓN SAGRADA

1. *Discurso de Leon Jouhaux sobre la tumba de Jaurés el 4 de agosto de 1914:*

Nosotros no hemos querido esta guerra. Los que la han desencadenado, déspotas con propósitos sangui-narios, con sueños de hegemonía universal, recibirán su castigo. No sólo el estertor de los moribundos, los clamores de los sufrimientos de los heridos subirán hasta ellos como reprobación universal, sino el relámpago de odio que se encenderá en la mirada de las madres, de los huérfanos y de las viudas hará brotar de las entrañas de los pueblos el grito de revuelta que condena, precediendo la acción que realiza el castigo...

Constreñidos a la lucha, nos levantamos para rechazar al invasor, para salvaguardar el patrimonio de ci-

vilización y de ideología generosa que nos ha legado la Historia. No queremos que perezcan las libertades tan penosamente arrancadas a las fuerzas malignas. Nuestra voluntad fue siempre ampliar los derechos populares, ensanchar el campo de las libertades. En acuerdo, pues, con esta voluntad respondemos «presente» a la orden de movilización. Jamás haremos la guerra de conquista.

La clase obrera, con el corazón apesadumbrado, se alza de horror ante el cobarde atentado que conmociona al país. Esta clase obrera, que siempre se ha inspirado en las tradiciones revolucionarias, no ha olvidado los soldados del Año II que llevaban la libertad al mundo, que no es el odio de un pueblo el que debe armar su brazo, que no debe dirigir su ira contra la nación víctima de sus déspotas y de sus malos pastores...

No, camaradas, nuestro ideal de reconciliación humana y de búsqueda de la felicidad social no perece. Detenido un momento en su marcha, prepara a pesar de todo, para mañana, mejores condiciones de su desarrollo a través del mundo. Es la sombra de Jaurés la que nos lo atestigua.

«L'Humanité», 5 de agosto de 1914, citado según A. KRIEGL y J.J. BECKER, 1914. *La guerre et le mouvement ouvrier français*, París, Colin, 1964; págs. 140-142.

2. *El diputado socialdemócrata Hugo Haase lee ante el Reichstag, el 4 de agosto, la siguiente declaración del Partido:*

Nos hallamos ante la hora del destino. Las consecuencias de una política imperialista, que ha provocado un largo período de rearme mundial y agravado los conflictos de los pueblos entre sí, acaban de abatirse como una riada sobre Europa. La responsabilidad de ello recae sobre los que han dirigido esta política; por nuestra parte, la rechazamos totalmente. La socialdemocracia ha combatido con todas sus fuerzas el desarrollo catastrófico de tal política, y se ha opuesto a ella por medio de poderosas manifestaciones celebradas simultáneamente en todos los países, particularmente en los de estrecha relación con nuestros hermanos franceses. Pero su esfuerzo por salvar la paz ha sido baldío.

En el presente nos hallamos ante el hecho brutal de la guerra. Nos sentimos angustiados por el horror de la invasión con que nos amenazan nuestros enemigos. Hoy no tenemos que decidirnos por o contra la guerra, sino sobre la cuestión de los medios demandados para asegurar la defensa del país... Para nuestro pueblo y su futuro de libertad, la victoria del despotismo de Rusia, ya maculada de la sangre del mejor de sus hijos, sería un acontecimiento de una gravedad incalculable. Por lo tanto, hacemos ahora lo que siempre hemos prometido hacer: a la hora del peligro no abandonaremos a nuestra patria. Al actuar así, nos sentimos al unísono con la Internacional que nunca ha dejado de reconocer el derecho de cada pueblo a la independencia y a la defensa de su territorio, al igual que nosotros condenamos toda guerra de conquista. Nosotros exigimos que, una vez asentada la seguridad de Alemania y nuestros enemigos estén dispuestos a hacer la paz, se entablen inmediatamente negociaciones y se concluya una paz que facilite la amistad con los pueblos que nos rodean.

Según J. KUCZYNSKI, *Der Ausbruch des ersten Weltkrieges und die deutsche Sozialdemokratie*, Berlín, Akademie Verlag, 1957; páginas 197-198.

30. ACTITUDES DE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA RESPECTO A LOS OBJETIVOS DE GUERRA

A. *Posición oficial de la socialdemocracia*

En una petición de los comités directivos y del grupo parlamentario, la socialdemocracia da a conocer, en junio de 1915, su hostilidad a toda política de conquista:

El Partido Socialdemócrata ha entrado en lucha el 4 de agosto de 1914 con la totalidad del pueblo alemán para defender su existencia e independencia nacionales. Se ha situado al lado de su país en esta lucha contra un mundo de enemigos, y permanecerá en su puesto hasta que hayamos afirmado nuestra seguridad y nuestros enemigos estén dispuestos a la paz.

Pero ante esta tendencia cada vez más acentuada de dar a la guerra el carácter de una guerra de conquista,

estimamos como un deber el recordar lo que hemos dicho en la sesión del Reichstag al iniciarse la guerra: «Queremos una paz que facilite la amistad con los pueblos vecinos.» Es en primer lugar el interés de nuestro pueblo el que nos inspiraba entonces; porque sólo una paz de este género constituirá también para nosotros la garantía de una tranquilidad duradera.

La idea de que libramos la guerra por la defensa contra los enemigos, y no con objetivo de conquista, es lo que ha despertado el espíritu de sacrificio que el mundo entero admira.

Según S. GRUMBACH, *L'Allemagne annexioniste*, París, Payot, 1917; pág. 370.

B. Posición anexionista

El periódico socialdemócrata Frankfurter Volksstimme escribe el 7 de abril de 1916:

La socialdemocracia debe convenir también que nosotros tenemos necesidad de garantías que aseguren nuestro libre desarrollo futuro. Ella puede criticar los objetivos de guerra del canciller (Bethmann-Hollweg) y tratar de corregirlos, pero no puede recusarlos sin más, invocando la consigna: nada de anexionaciones... Nuestro orador de hoy, el camarada Ebert, ha destacado con gran justeza que nos oponemos efectivamente a medidas de violencia respecto a otros pueblos —medidas igualmente repudiadas por el canciller del Imperio en diciembre último, pero él no se ha alzado contra la anexión de tierras de colonización alemana en el Este. Nosotros somos aquí, como todo el mundo, esclavos de las circunstancias, más fuertes y más poderosas que hombres y partidos. Ahora bien, el socialismo jamás se ha caracterizado por oponerse a las evoluciones nuevas. Nuestro deber es estudiarlas y tratar de influir en ellas.

Según S. GRUMBACH, *op. cit.*, pág. 88.

31. LA OPOSICIÓN DE LOS SOCIALISTAS A LA UNIÓN SAGRADA

1. En Francia

La Federación socialista de Haute-Vienne da a conocer en mayo de 1915 su oposición a una guerra «hasta el final»:

¿Se quiere rehusar todo crédito a cuantos desearían aprovechar la posible ocasión de poner fin a las hostilidades mediante una «paz honorable» y proclamar que un tratado con Alemania sólo se podrá encarar el día en que el pueblo alemán haga un 4 de setiembre, derroque a su emperador y funde una república? ¿Se entiende subordinar la paz al aplastamiento del militarismo alemán que, como todos los militarismos, no podrá desaparecer más que por la acción de las clases obreras operada en el marco nacional? ¿Se propone por otra parte no terminar la guerra más que cuando sea posible imponer a los imperios del centro de Europa la liberación de las nacionalidades que ellos oprimen, siendo así que los países aliados mantienen otras en tutela...?

¿Estamos, pues, dispuestos a una paz humillante, a una paz a cualquier precio? No, nosotros no queremos ir «hasta el final», ni mucho menos en esta dirección. Lo que deseamos, lo formulamos en estos términos:

Que el Partido Socialista no asuma, por la pluma de algunos de sus periodistas que escriben en su nombre, un papel tan belicoso y fanfarrón que raye en el chovinismo.

Que no desaliente o no desautorice ninguna de las tentativas que pudieran provenir de las secciones socialistas de otros países encaminadas a buscar los medios de poner fin a esta espantosa carnicería en la que corre a raudales la sangre de pueblos inocentes y víctimas.

Que preste atención a toda propuesta de paz viniere de donde viniere, en el bien entendido que la integridad de Bélgica y Francia no figurarán en las bases de discusión.

Según A. ROSMER, *Le mouvement ouvrier pendant la guerre. De l'Union sacrée à Zimmerwald*, París, Librairie du travail, 1936; página 295.

2. En Alemania

A. Declaración de Karl Liebknecht en el Reichstag, el 2 de diciembre de 1914:

Yo recuso los créditos de guerra demandados, protestando contra la guerra, sus responsables y sus dirigentes; contra la política capitalista que la ha suscitado; contra los objetivos que ella persigue, contra los planes de anexión, contra la violación de la neutralidad belga y luxemburguesa, contra la dictadura militar, contra el olvido del deber social y político, del que el Gobierno y las clases dirigentes siguen siendo hoy culpables...

B. Los socialistas «minoritarios», Bernstein, Haase y Kautsky, redactan un manifiesto, en junio de 1915, sobre «las exigencias de la hora»:

Se proclama comúnmente programas que dan a la guerra actual el carácter de una guerra de conquista...

Frente a todas estas manifestaciones la socialdemocracia se ve obligada a preguntarse si los principios y los deberes que le incumben por el hecho de que ella es la guardiana de los intereses materiales y morales de la clase obrera alemana, le permiten permanecer por más tiempo, en esta cuestión de la continuación de la guerra, al lado de aquéllos cuyas intenciones se hallan en flagrante contradicción con las frases contenidas en la declaración hecha por nuestra fracción, en el Reichstag, el 4 de agosto de 1914, según la cual, de acuerdo con la Internacional, condenaba la guerra de conquista.

Esta frase se convertiría en una mentira si la socialdemocracia alemana, frente a las declaraciones que vienen de las esferas reinantes, se limitara a «alocuciones académicas» en favor de la paz.

Según S. GRUMBACH, *L'Allemagne annexioniste*, París, Payot, 1917; págs. 373 y 385.

3. En Austria

El socialista austriaco Fritz Adler, que comparece ante el tribunal por haber asesinado al ministro Stürgkh denuncia la pasividad de la socialdemocracia austriaca:

La burguesía austriaca no es patriota; es naciona-

lista. Y nosotros hemos visto a los socialistas plegarse a la política imperialista de la burguesía. En el liceo comprendí que el mayor de todos los pecados, el pecado contra el espíritu, es el más frecuente en Austria. En el pasado era el estado de espíritu de Metternich, y hoy el de Lüger, quien dice: «¿Por qué el hombre tiene necesidad de un programa? Todo en la política no es más que negocios.» El austriaco no tiene ninguna convicción. Y si quieren saber ustedes lo que me ha traído aquí, les diré que es el hecho de que este espíritu de mentira ha penetrado en mi propio Partido, que está representado en él por el doctor Karl Renner, quien ha introducido en él esta traición respecto a nuestros principios, y sentimos una gran vergüenza al percatarnos de que esto pesa sobre nosotros.

En el transcurso de esta crisis, he tratado siempre de apartarme, de situarme en oposición con cuantos han traicionado nuestro Partido. Tales son las verdaderas causas de mi acto...

Es verdad que quise hacer una demostración por una paz sin indemnizaciones ni anexiones... Quise igualmente hacer una demostración en favor de la táctica revolucionaria. Durante toda la vida he sido un revolucionario. Siempre he considerado la política del día como un medio para alcanzar la revolución, y no la revolución como una mera fase de la política del día. Desde que pienso políticamente he puesto toda mi esperanza en los frutos de la guerra de clases, que existe también en este mundo... Tanto si es Gran Bretaña o Alemania la que llega a la dominación del mundo, otras guerras seguirán, pero el punto de vista de la Internacional está por encima de todo esto, por cuanto a él está ligado el futuro de los pueblos, la idea de la humanidad.

Según A. ROSMER, *op. cit.*, II, pág. 201.

4. El Manifiesto de Zimmerwald

El manifiesto siguiente fue aprobado por la conferencia de Zimmerwald en setiembre de 1915 al final de sus trabajos:

...En esta situación intolerable, nosotros, representantes de partidos socialistas, de sindicatos y de minorías de estas organizaciones, alemanes, franceses, italianos, rusos, polacos, letones, rumanos, búlgaros, sue-

cos, noruegos, holandeses y suizos, nosotros que no nos situamos en el terreno de la solidaridad nacional con nuestros explotadores, sino que permanecemos fieles a la solidaridad internacional del proletariado y a la lucha de clases, nos hemos reunido aquí para reanudar los lazos rotos de las relaciones internacionales, para llamar a la clase obrera a recobrar conciencia de sí misma y lanzarla a la lucha por la paz.

Esta lucha es la lucha por la libertad, por la fraternidad de los pueblos, por el socialismo. Hay que emprender esta lucha por la paz, por la paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra... El derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos debe ser el fundamento inquebrantable en el orden de las relaciones de nación a nación.

Según A. ROSMER, *op. cit.*, pág. 381.

32. EL FRACASO DE LA CONFERENCIA DE ESTOCOLMO

El periódico Spartacus se burla, el 7 de noviembre de 1917, del fracaso de la Conferencia de Estocolmo y pronuncia la oración fúnebre de la Segunda Internacional:

Ya no hay duda: la «gran» conferencia de Estocolmo se ha desvanecido. Tras meses, durante los cuales el mundo entero miró hacia Estocolmo como hacia una nueva Meca de donde debía venir la luz liberadora, la palabra redentora, léase la paz, todo el asunto se ha desmoronado como un castillo de naipes. Ciertamente, el Comité holandés-escandinavo continúa e incluso ha publicado un largo manifiesto por el que consuela a la humanidad doliente, haciéndola creer que él no ha renunciado a reunir una Conferencia en Estocolmo y que está presto a proseguir su acción de una manera tranquila y reflexiva. Pero ni siquiera un niño se dejaría engañar por semejante confesión de fracaso, y el mundo entero le vuelve la espalda decepcionado e irritado. La gran representación no tendrá, pues, lugar. Y ello porque Francia y Gran Bretaña no han concedido pasaportes a los delegados.

Nosotros preguntamos: ¿Sería posible tal cosa si la Conferencia de Estocolmo hubiese sido la expresión verdadera del movimiento obrero en los diversos países, la expresión de la voluntad de lucha de las masas...?

Que una conferencia socialista internacional, cuyo objetivo era revolucionar Europa y el mundo, y abrir una nueva era en la historia universal, haya fracasado a causa de una negativa de pasaportes, sólo prueba una cosa: que Estocolmo era el campo de feria de unas docenas de «Führer», en tanto que las masas brillaban por su ausencia.

Estocolmo y su fiasco constituyen la prueba clásica de que el socialismo internacional no puede resurgir mediante artificios tomados en un almacén de guardarrope, memorias, discursos efectistas, mociones revolucionarias y demás zarandajas de teatro. La Segunda Internacional, la Internacional de las frases rimbombantes, de gestos revolucionarios y cobardes acciones, ha muerto, y su cadáver no se dejará que resucite: tal es la moraleja del episodio de Estocolmo.

Según *Dokumente und Materialien zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, Reihe II, t. I; pág. 684.

33. LOS SOCIALDEMÓCRATAS ALEMANES, LA PAZ Y LA REVOLUCIÓN

1. Los mayoritarios por una transformación pacífica de Alemania

El Vorwärts escribe el 17 de octubre de 1918:

...En el espacio de pocos días la situación interior del Reich ha sufrido una profunda conmoción cuya importancia escapa aún a amplias capas del pueblo. Alemania ha entrado en la vía que conduce del Estado autocrático (*Obrigkeitsstaat*) al Estado popular (*Volksstaat*)... Los representantes de nuestro Partido han hecho el sacrificio de entrar en el Gobierno (Max de Bade), únicamente para impedir la ruina de nuestro país y el hundimiento de su economía. En esta terrible situación, si han aceptado un puesto responsable es con la ardiente voluntad de aportar a nuestro país la paz y la libertad. Este Gobierno, del que forman parte varios socialdemócratas, debe ser el Gobierno de la paz y de reformas democráticas. Sólo formaremos parte de él mientras siga siendo tal Gobierno...

La renovación interna de Alemania no será en ningún caso el resultado del caos bolchevique ni de la guerra

civil. Esta no haría más que añadir a los raudales de sangre que corren en el frente, a la desgracia que se ha abatido sobre Alemania, nuevos raudales de sangre y una nueva desgracia; no haría más que acrecentar la miseria y el hambre y excitar la rapacidad anexionista de nuestros enemigos. ¡No! Como siempre lo han declarado los representantes autorizados del Partido Socialdemócrata, nosotros queremos conducir progresivamente nuestro sistema estatal a la democracia por el canal de una transformación pacífica. Todas las maniobras encaminadas a fomentar *putschs* ponen trabas a esta evolución y sirven a la contrarrevolución. En el momento en que se ve despuntar el alba de la paz y de la libertad, la clase obrera consciente, en el frente y en la retaguardia, no se dejará llevar a actos irreflexivos que sólo benefician, en última instancia, a los enemigos del pueblo.

Según G. BADIA, *Les Spartakistes*, París, Juliard, 1966; págs. 40-43.

2. Los mayoritarios intentan salvar el principio monárquico

En una conversación en el Gran Cuartel General de Spa con el general Groener, los dirigentes mayoritarios tratan de obtener la abdicación de Guillermo II y proclamación de la regencia en favor de uno de sus hijos:

Cuando todo el mundo estuvo reunido, Ebert expuso concisamente la situación. No es éste el momento, dijo, de buscar quién es el responsable del hundimiento general. En todo caso, para el pueblo el culpable era el emperador, sin importar que esto fuese con razón o sin razón. El pueblo quería ver descartar al que él tenía por responsable de la catástrofe. Por lo tanto la abdicación del emperador era necesaria, ineluctable, si se quería evitar que las masas pasaran al campo de los revolucionarios o, lo que es lo mismo, si se quería impedir la revolución.

Ebert proponía, pues, que el emperador anunciase su abdicación lo más tarde al día siguiente, y que confiara la regencia a uno de sus hijos, por ejemplo al príncipe Etal Federico o el príncipe Oscar. El primogénito del emperador era en aquel momento «imposible», ya que las masas lo detestaban demasiado.

El general Groener replicó brevemente que no cabía

hablar de abdicación... Los diputados David y Südekum trataron entonces de explicar, en términos apremiantes, la necesidad de la abdicación. Ambos precisaron que no eran en absoluto adversarios del régimen monárquico en sí y que esta medida no significaba en modo alguno la supresión de la monarquía. Una gran parte de la socialdemocracia alemana se satisfaría plenamente de un Estado monárquico acompañado de un régimen parlamentario...

Según G. BADIA, *op. cit.*; pág. 59.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Para las generalidades, ver:

M. FAINSD, *International Socialism and World War*, Cambridge, Mass., 1935.

Para Francia:

A. KRIEGL, *Histoire du mouvement ouvrier français 1914-1920. Aux origines du communisme français*, I, París, 1964, que analiza las diferentes tendencias en relación con la situación internacional.

A. KRIEGL y J.-J. BECKER, 1914. *La guerre et le mouvement ouvrier français*, París, A. Colin, 1964, importante para conocer la opinión de la izquierda en el momento del asesinato de Jaurés.

Conviene recurrir al libro más antiguo de:

A. ROSMER, *Le Mouvement ouvrier pendant la guerre. I. De l'Union sacrée à Zimmerwald*, París, Librairie du Travail, 1936; II, *De Zimmerwald à la révolution russe*, París, 1959.

Para Alemania:

J. KUCZINSKI, *Der Ausbruch des ersten Weltkrieges und die deutsche Sozialdemokratie. Chronik und Analyse*, Berlín, 1957.

W. BARTEL, *Die Linken in der deutschen Sozialdemokratie im Kampf gegen Militarismus und Krieg*, Berlín, 1958.

Para Gran Bretaña:

S.R. GRAUBARD, *British Labour and Russian Revolution*, Londres, 1956.

Para Italia:

L. VALIANI, *Il Partito socialista italiano nel periodo della neutralità 1914-1915*, Milán, 1963.

Para la conferencia de Estocolmo:

H. MEYNELL, «The Stockholm Conference of 1917», *International Review of Social History*, V, 1961.

30